

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 31. — N° 1,022.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Estrasburgo; grabados. — Las mujeres españolas. — Atentado contra SS. MM. el rey y la reina de España; grabado. — Curiosidades de París; grabado. — Revista de París. — Poesía. — La vuelta del tapiz de la Meca; grabado. — Estudios históricos. — Curiosidades pintorescas de Francia; grabado. — ¿Qué hará de ello? — Problemas de ajedrez; grabado. — Solemnidades fúnebres en Magenta; grabado.

nes encargada de vigilarlos y dirigirlos. Esta comisión presidida por un coronel lleva el título de : Inspección imperial de las nuevas obras de fortificaciones de Estrasburgo.

Gracias á su nuevo sistema de defensa, la ciudad de Estrasburgo ensanchada de modo que puede dar abrigo á una población de mas de trescientas mil almas, no se hallará ya expuesta á sufrir un bombardeo espantoso como el del año 1870. P. P.

Las Mujeres españolas (1).

«Escribir un prólogo es siempre difícil empeño, y con mucha mas razón naturalmente si, del libro que encabeza, tan solo existe, y tan solo se conoce por lo mismo, el asunto. Mas ¿qué ponderación no cabe en eso cuando prestan el asunto las mujeres?»

¡Las mujeres!... ¡Las mujeres!... Perdone el lector pio, que escriba por dos veces esta frase entre ortográficos signos de admiración, no de otro modo que la usan en sus libros los retóricos románticos, ó suele ser repetida al compás de melancólicos movimientos de cabeza, por los enamorados malcontentos de todos los siglos. Aparte de que, en general, y con solo ser, merecen y reclaman las mujeres todas las formas de la admiración, no hay que retroceder por cierto hasta Eva, la primera de quien fué víctima el hombre, según los libros santos, ni siquiera hasta la constante Artemisa, ó la hermosa Cleopatra, ó Juana de Arco la heroína, ó la política madama Roland, para hallar ocasiones individuales de tributarlas justo encarecimiento. No son muchos por tanto los hombres que puedan asegurar, bajo palabra de honor, no haber nunca admira-

Estrasburgo.

MONUMENTO FÚNEBRE ELEVADO Á LA MEMORIA DE M. KUSS. — LAS NUEVAS FORTIFICACIONES DE LA CIUDAD.

Publicamos en este número dos dibujos recibidos de Estrasburgo. El primero representa el monumento elevado á la memoria de su antiguo alcalde monsieur Kuss. No debe haber ceremonia de inauguración; y bajo esta condición ha podido el comité obtener del gobierno alemán la autorización de erigir el monumento.

El segundo dibujo (página 117), presenta el estado de las obras del fuerte de Souffelweyersheim, y da una idea de la actividad con que los alemanes llevan su trabajo, pues hace muy pocos días que se puso la primera piedra del fuerte.

Entre la ciudad y los fuertes quieren establecer un vasto campo fortificado que pueda contener un ejército de doscientos mil hombres. Para acelerar todas estas obras acaban de instituir una comisión especial compuesta de oficiales, de ingenieros bávaros y sajo-



ESTRASBURGO. — Monumento elevado á la memoria de M. Kuss, ex-alcalde de la ciudad.

(1) Con este título se va á hacer en Madrid una interesante publicación redactada por escritores españoles, americanos y portugueses, y el trabajo que reproducimos es el prólogo debido á la pluma del señor don Antonio Cánovas del Castillo, uno de los colaboradores de la obra.

do y aun adorado á alguna mujer, ya en lo pasado, ya en lo presente, ya en lo futuro; y digo no mas que á alguna, porque tomo precisamente á los mas juiciosos por testimonio de la verdad de mis palabras. En vano se tacharan sentimientos tales, ni tales expresiones de admiración ó amor, de vulgares. Digan cuanto quieran los indiferentes, ó los prosaicos, ó los estóicos de ahora, nunca serán vulgares los encantos de las flores, aunque todas las mañanas de mayo se abren por millones al sol: ni tampoco han de serlo jamás, pese á quien pese, los atractivos innumerables de las mujeres, por mas que en su esencia sean comunes á todas, y muy parecido, sin duda, en todo tiempo y lugar.

Y por de contado que yo pienso que no es verdad, cual dicen, que envejecan las mujeres, porque en rigor, no son sino los hombres los que envejecen. Tomado cada individuo femenino aparte, forzoso es que se seque y caiga, cual se seca y al fin cae toda flor; pero hay que advertir que las mujeres, todavía mas que un ser físico, son un puro concepto estético, y los conceptos ya se sabe que no llegan á viejos. Por eso es tal vez por lo que el sentimiento que despiertan ellas vive en nosotros con un cierto carácter de impersonalidad y generalidad, muy injustamente criticado, floreciendo y dilatándose con incesante novedad y juventud perenne. Y en verdad que para desconocer cosas y razones tan claras habria que carecer de percepción en los sentidos y de conciencia en el alma.

Tiene cuanto hasta aquí he dicho un fundamento profundísimo, que conviene ya poner de manifiesto, y es, que ni la naturaleza fisiológica ni la naturaleza intelectual y moral del ser humano están completas sin la mujer. No se necesita grande estudio del mundo para descubrir que, por separado de la mujer, no vive el hombre mas que media vida, viniendo á ser como una mitad de sí propio meramente. Pedazos tan solo accidentalmente desunidos de un ser superior, que por lo mismo propenden á andar y estar juntos (ó lo mas cerca posible), son estos que nombran las lenguas mujer y hombre: lo cual, aunque no tuviese el natural origen que sabemos por el Génesis, bastaria á demostrarlo con evidencia suma, no ya todos los dias, sino á cada momento, la experiencia. Así es que cuando, mal aconsejado, reniega el hombre de las mujeres, y no parece sino que quiere borrarlas de la faz de la tierra, de lo que en puridad reniega es de un trozo de sí mismo, y no del peor sin duda alguna. Víctima en tales casos aparece de una manía semi-suicida, porque, en resolución, no es él mas dueño de apartarse de las mujeres, que de separar de sí legítimamente su brazo derecho ó su cabeza. Dios hizo primero al varon, como es notorio, y con la carne del varon formó luego la hembra humana; pero hasta que á entrambos los tuvo totalmente constituidos, no se puede con exactitud afirmar que creara al hombre, ó lo que filosóficamente es igual, á los hombres, al linaje humano. Y por supuesto que la mujer fué la última y la mas perfecta, por tanto, de las obras de Dios.

No faltan con eso y todo hombres muy serios á los cuales, no tan solo se les figura al presente vulgar, sino hasta indigno el tratar mucho de mujeres; mas, si bien se mira, no suele tal acaecer sino en edad y circunstancias que, ni las mujeres estiman ya en un ardite, ni envidian, ni desean poseer los hombres, cuando por acaso no las tienen aun. Y ó yo mucho me engaño, ó aquel hombre que indiferentemente contempla á las mujeres, muy bien podrá ser digno de respeto, y hasta de veneración, si se quiere; pero todavía es mayor la lástima, que no el respeto ó la veneración que infunde. Lo cual muestra á las claras que quien así procede ó piensa, no debe de estar en lo mejor, aun puesto caso que estuviere en lo cierto.

Ya habrá sospechado, á no dudarlo el lector, cuál sea el fin á que se encaminan las reflexiones precedentes. Si ellas en realidad no justifican, mi intento es, por lo menos, que justifiquen el gravísimo compromiso que acepté, y estoy cumpliendo, de poner el prólogo á este libro, que ha de tratar de mujeres, y nada menos que de mujeres españolas. Y con lo dicho, fácilmente se colegirá tambien que andan por ahí títulos de respetabilidad y formalidad que, si otros poseen, no poseo yo, y á los cuales renuncio todavía modestamente. Dejeseme pues que aun trate, segun mi leal modo de ver y entender, de las mujeres; y á nadie maravilla que no me muestre predicador adusto ni severo crítico al juzgarlas.

Naturalmente tienen las de España ciertas condiciones idénticas á las de todos los países, sean cualesquiera su clima y raza; y tiénelas asimismo muy propias y peculiares. De unas y otras quisiera aquí trazar yo algunos perfiles que abriesen puerta á mas detenidas investigaciones, observaciones ó descripciones; pero no tengo espacio, ni para todo noticias. Hallándose confiado el especial estudio de la mujer española, tal y como se deja ver en cada cual de las regiones peninsulares ó ultramarinas, á un escritor distinto, de esperar es, no obstante, que bajo todos sus aspectos quede al fin fotografiada, y aun colorida con tamaña verdad, que nada se eche de menos, ni la realidad misma. Expertas manos sin disputa requiere tamaño empeño; mas yo sé que lo son muchas de las que están ya puestas á la obra, y con razon aguardo que ningún otro que yo se entrometa á escribir de oídas, ó como suele decirse, á tontas y á locas, sobre materia que basta apenas para conocer medianamente una vida larga, y además de larga constante, sagaz,

y no sin dicha empleada. En mí la escasez de noticias no ha de echarse de ver tanto, porque como no trataré al fin y al cabo sino de generalidades femeniles, quizá cumpla con repetir servilmente lo que algun que otro amigo me ha contado; pero los demás, preciso es que hablen ya todos por directa y propia experiencia. De uno ú otro modo, la cura de esto no es á mí á quien toca ciertamente, sino á los verdaderos autores del futuro libro; por lo cual, basta y sobra con que aquí apunte la extrema dificultad del caso, y los medios y condiciones que para vencerla hacen falta.

Por mi parte, lo que debo confesar ante todo, para entrar ya en el tema de lleno, es que la mujer de España se encuentra hasta aquí juzgada, ni mas ni menos que las otras de nuestro planeta, con notable injusticia por los hombres; y ¡quién lo diría! hasta por aquellos que hacen mayor profesion de amarlas y servir las una por una. Plenísimamente ha de probarlo, ó yo estoy ciego, lo que sigue:

Véase, por ejemplo, al modo que todas, muy tachada de inconstante la mujer española, cuando á los españoles, en realidad, mucho mas suele pesarle de su pertinaz apego, que no de sus rarísimas y á las veces apetecidas veleidades. De mí sé decir, al menos, que apenas he conocido ningún hombre de todo punto desdichado á causa del abandono de una mujer; y eso que basta que haga cualquiera como que nos abandona, aunque sea de mentirillas, para que luego imaginemos que nuevamente la apetece nuestro corazón, y furiosamente lamentemos su pérdida. Aludiendo á eso, pudo muy bien decirle el insigne Camoens á una de las mujeres que conoció aquellos conceptuosos versos castellanos:

Derrama en mi tus iras desamando,
Que al ofenderme mas, yo mas te quiero.

Y por el contrario, que parece cuento, sé de hartos hombres cariacontecidos ó mohinos y tristes por no poder escapar á las cruellísimas garras de una constancia implacable. No será pues hombre, sino mujer, quien de ordinario pueda con razon decir lo de Lope de Vega:

Pero ¿quién ha de poder,
Amando, dejar de amar,
Si hay tantas leguas que andar
Desde amar á aborrecer?

Los hombres suelen ser muy listos de piés para tales jornadas.

Son tambien acusadas las españolas, cual las mujeres todas, de curiosas; y yo juro á Dios que, á no padecer tal enfermedad mucho mas frecuentemente los hombres, seriales bastante menos difícil que al parecer les sea, el cumplir con alguna exactitud cosa de dos ó tres de los santos Mandamientos. Esta fea pasión de la curiosidad, antes que no la del amor, es precisamente la que mueve á muchos á perseguir tantas mujeres; y no cabe pensar que provoquemos nosotros en las mujeres un sentimiento semejante.

¿Pues qué diré de la vanidad? No niego yo ¡Dios me libre! que la vanidad tenga tambien principalísima parte en todos los afectos de las mujeres, y hasta en el amor mismo; antes bien opino que no ama la mujer de veras sino al hombre cuya posesion la envanece. Pero todavía se da el caso, bien que no muy vulgar, de que deje la mujer de hacer alarde de aquel amante mismo de quien está vana; y en verdad, en verdad, digo, que si por su lado se juzgasen obligados hoy los hombres (cual dicen que otras veces se juzgaban) á guardar secretos sus triunfos, ocultando, directa é indirectamente, los nombres de las débiles y hermosas cautivas, no renirían con tanto empeño las batallas de amor, ni mucho menos.

Mas ya que de callar trato, ¿hay tampoco paciencia para oír pretender de continuo que es mas frecuente la virtud del sigilo en los hombres que en las mujeres, ni españolas ni extranjeras? Por lo que hace á España singularmente, no sé lo que en esto de verdad habria allá por los tiempos en que los libros de geografía, propios y extraños, nos declaraban, como por juro de heredad, á todos los españoles, serios ó graves, católicos y sóbrios, mientras que, por notarnos de desidiosos, fingian rico y fértil todo el holgadísimo espacio de tierra que habitamos; pero lo que es hoy por hoy, atrévome á afirmar sin miedo que, si queda acá secreto seguro, será porque le guarde alguna mujer. No hay ya, no, mal que nos pese, sino seres femeninos que merezcan (aunque sea algo relativamente, en verdad) tan honrados adjetivos como son esos de grave, sóbrio y católico, entre los picos de los Pirineos y los bajos y escollos del estrecho de Gibraltar. Ni á los propios portugueses, con ser de suyo formalísimos, me determino á eximirlos de una regla, que tendrá á lo mas sus excepciones cual todas. Y no sé si acontecerá otro tanto con los demás países; mas lo sospecho á tal punto, que se me figura haberlo dado ya por cierto.

Verdad es que muchas de estas ventajas sobre los hombres no las posee cualquiera mujer, ni en cualquier tiempo y ocasion, sino precisa, y aun podria decir exclusivamente, la mujer que está enamorada. No es, por ejemplo, un secreto de quien quiera el que se

ha de pretender que una mujer guarde inflexible, sino aquel especial secreto de que pende el bien ó el mal de su amante. Y todo esto, en suma, nace de que esa singular enfermedad llamada amor, que el hombre pasa, como suele decirse, levantado, á la manera de las simples constipaciones, casi siempre origina en la mujer una completa trasformacion.

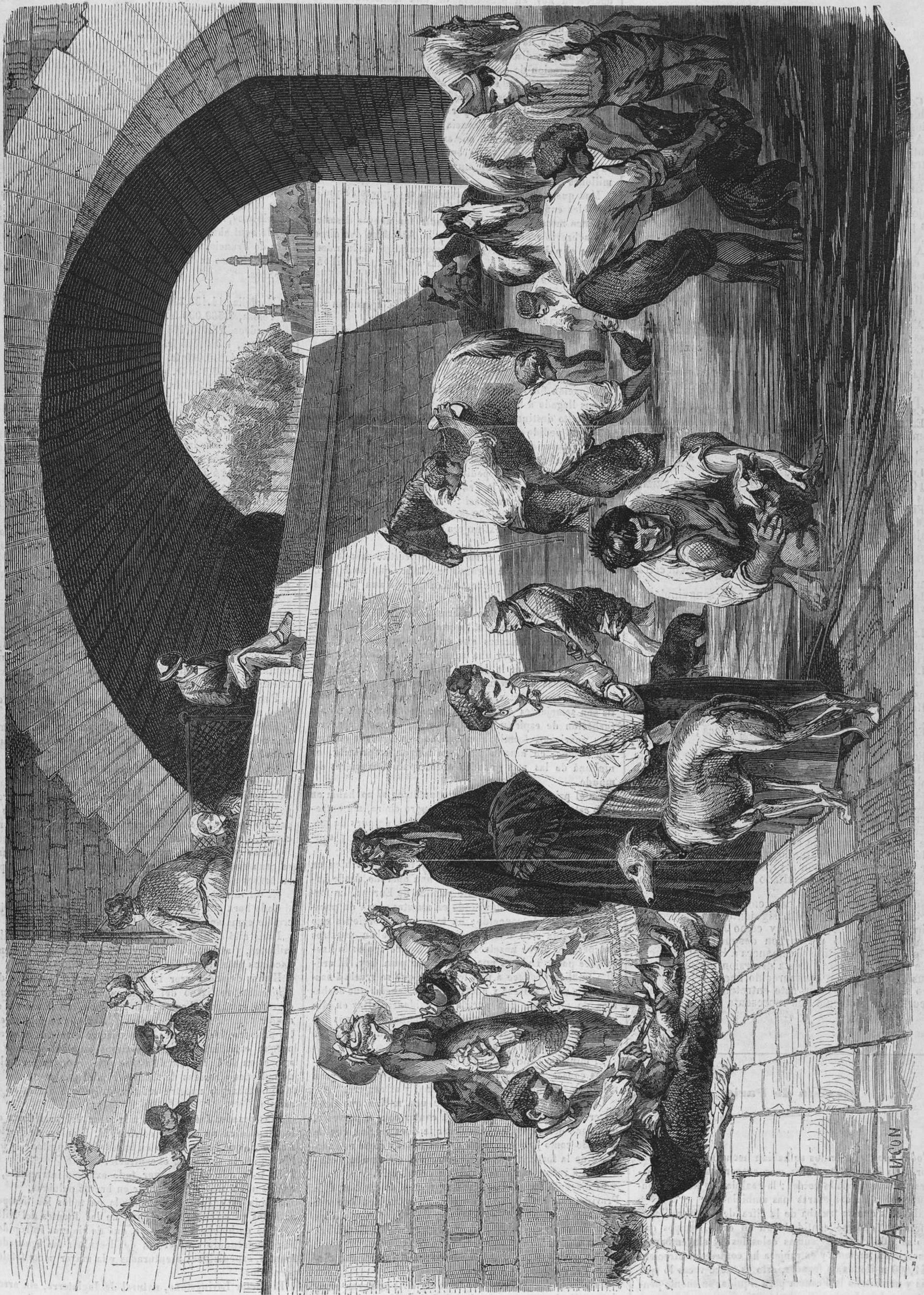
Hasta tal punto cuanto digo es cierto, que en una propia mujer suelen residir á un tiempo las mas opuestas y contradictorias cualidades, despertándose y ejercitándose alternativamente, las unas á la vista del hombre desdeñado, las otras á la vista del hombre preferido. Para aquel á quien de veras se ama, dicen que la mujer es mas que un ser humano descendiente de pecadores, cual fueron al fin y al cabo Eva y Adán; y que es tanto por lo menos como la mejor de las diosas paganas; y que es un puro, sublime y perfecto espíritu semejante al que juguetea y discretea en los diálogos platónicos; y que puede ser hasta un ángel cristiano; por manera que no se peca contra la propiedad del lenguaje lo mas mínimo cuando de ángel trata cada uno á la que mas quiere en prosa ó verso. Sabido es por supuesto, y recuérdolo á mi pesar, que desde el principio del mundo hay tambien sus ángeles caídos. Mas de otra parte, y para el infeliz que sin ser amado ama, he oído asimismo decir que facilísimamente puede llegar á ser la mujer una Euménida, y que muy de ordinario se muestra igualmente soberbia que cualquier leon, no menos artera que acostumbraban ser los tigres, y tan implacable cuanto la hiena nocturna, que ni siquiera respeta las fosas de los muertos. Parece imposible que tan distantes limites alcance la extension del alma humana, y que quepan en sus ámbitos, físicamente estrechísimos, tan remotas cosas, no siendo para mí esta de las menores pruebas de su naturaleza infinita.

Aquel rostro mismo, de cuyos labios tantos suspiros y dulzuras y ruegos suelen salir, de cuyos ojos suelen manar tantas lágrimas, ó de ternura, ó de reconvenccion, ó de dolor, para retener á un amante algo ingrato, posee tambien á la cuenta torrentes de maligna risa, de burla, de desden, de sarcasmo, y dicen que es cosa de verlo, para ver cosa buena, delante del mortal desventurado que quizá por sobrada emoción no acierta al blanco. Aquella propia lengua discreta y muda, que acaso se dejara cortar primero que vender el secreto de un amante, ¡cuán gustosa y de balde suele otras veces revelar y entregar, con mas ó menos áticas formas, al público los misterios de un amor desgraciado, que la mala correspondencia y no mas hace ridiculo! Cosa es esta última, que, por haberla presenciado alguna vez, casi todos sabemos, sin que nos la cuente nadie. Y ¡cómo negar, tras lo expuesto, que sean dos maneras de ser de todo punto distintas, la que la mujer tiene á quien el amor ilumina y guía, y la que tiene la mujer cuando apacienta con desdenes su espíritu?

Pues hay mas todavía. Lo que á cualquier alma cristiana de todo punto debe ya horrorizarle, aunque sea alma femenil, si como Dios manda encierra amor al prójimo, es el ver cogido á un hombre en las hermosísimas garras de alguna mujer enamorada y mal correspondida de otro, y que tenga que vengar, por consiguiente, inmediatos desaires ó desengaños. En este caso si que pagan los justos por los pecadores, ó mas bien, justos y pecadores á un tiempo, cuanto deben á la divina justicia. Y ¡quién dijera que la mujer orgullosa que se complace entonces, segun parece, en desgarrar, ya á lo largo, ya á lo ancho, el amor propio, y en mortificar los sentidos, y en burlar las esperanzas fáciles de cualquier hombre enamorado sinceramente, es aquella misma que al lado quizá de un amante hastiado, prodigaria poco antes todos sus encantos, las frases tiernísimas, los suspiros, las lágrimas; aquella humildísima poco antes, aquella poco antes tan desdichada tambien! ¡Oh, y cuán distinta será en uno que en otro caso la expresion de los hermosísimos ojos! ¡Cuán diversa apariencia la de los breves labios! ¡Qué espectáculos deben de ser estos dos, tan diferentes y aun tan contrarios! Pero tiempo es ya de correr sobre ello un velo, aunque no sea mas que para ahorrer tormento á los corazones sensibles. No ha de ser, con todo, sin que diga una vez mas, y será la tercera, si mi memoria no miente, que el amor por completo altera la naturaleza y el ser de las mujeres.

De todas suertes, lo que es á mí, galanteria aparte, y por mas que, sabiendo cuanto sé, aunque lo sea de oídas, se escandalicen muchos, todavía me suenan á mejores que nosotros las mujeres, y las estimo mas: lo primero, por el justo agradecimiento de que nos amen casi siempre mas que nosotros á ellas; y lo segundo, porque, bien que este amor á su mitad masculina sea el primordial de los asuntos que traten en vida, intervienen además en otros, donde su ingénita hermosura de sentimientos se ostenta y resplandece, no diré sin lunares (que los lunares no son siempre cosa fea, ni mucho menos), sino sin mancha alguna. Así como así, en el amor propiamente dicho, no deja de ser peligrosa una bondad excesiva, singularmente para las mujeres, las cuales ponen cuanto tienen á este juego del amor, hasta el punto de depender de lo que al azar en él ganan ó pierden, su dicha ó desdicha perpétua. Para formar recto juicio, hay que estudiar á las mujeres, no solo en el género del amor á que inclina el sexo, sino en todos los demás que cultivan.

Y sabido es que ellas aman siempre, si no con uno,



CURIOSIDADES PARISIENSES. — El baño de los perros.

Curiosidades de Paris.

LOS BAÑOS DE LOS PERROS.

Cerca del puente de las Artes existe en Paris un establecimiento curioso de observar: el de los baños fríos... para los perros.

A eso de las cinco de la tarde está muy concurrido, tanto como las escuelas de natación, y podemos asegurar que desde el puente y el muelle se disfruta á esa hora de un divertidísimo espectáculo.

Una partida de individuos en mangas de camisa, y con los pantalones arremangados se entregan á su trabajo, que consiste en bañar y lavar á los perros que les presentan.

Seis sueldos cuesta el lavado y con jabon diez.

A veces el perro es recalcitrante; no quiere meterse en el agua y en este caso el industrial le lanza de un salto al baño, á las risas de la multitud y á los ladridos de los compañeros perrunos.

Hay lavaderos de perros que tienen nombradía y los clientes se los disputan.

A las seis el baño está lleno de perros de todas las razas, tamaños, colores y... sexos.

Con efecto, aquí los sexos se bañan confundidos. *Honni soit qui mal y pense.*

El perro constituye una de las especies mas variadas del reino animal y no hay mas que verlos bañarse para convencerse de ello.

Cada especie ha tenido en Paris su época de moda.

En tiempo de Luis XIV, en el siglo de los grandes hombres, de las grandes cosas y de las grandes pelucas, por un contraste singular, estuvieron en boga los perros mas diminutos.

Luego vinieron los galgos.

¿Quién puso á la moda los famosos galgos amarillos á principios de la monarquía de julio?

Fué M. de Lamartine cuando volvió de Siria.

M. de Lamartine se habia propuesto traer de su viaje á Oriente muchos documentos históricos; y lo que trajo fué cuatro galgos amarillos.

Después de la conquista de Argel se vieron muchos perros árabes, los *Slouguis*, marcados en la pata con la marca de su tribu.

Los *bull-dogs* de los ingleses de cara sanguinolenta, tuvieron su época cuando las innobles representaciones de la barrera del combate.

La pintura ha abusado enormemente del perro de Terranova, salvador de hombres, y del perro de los Pirineos, providencia del montañés.

Luego reinaron en los corazones femeninos los *Blenheims*, los *Black-spaniels* y los *King's-Charles*, animalitos suaves, cariñosos é inofensivos.

Hoy el perrito habanero, preciosa bola de lana blanca, sigue haciendo las delicias del mundo elegante.

En resumen, cada perro tuvo su época; sucede en esto como en otras cosas.

En el muelle de los Celestinos, enfrente de la punta de la isla de San Luis, hay otro baño perruno; pero el del puente de las Artes es el lugar privilegiado del *high-life* de la raza canina.

M. Séveste, un director de teatros, llevaba allí su perro todas las tardes.

Era un hermoso perro de aguas llamado *Júpiter*, que ha dejado memoria en las orillas del Sena.

Júpiter tenia la costumbre de ir á dar una vuelta por el puerto del carbon así que tomaba el baño.

Por consiguiente, el resultado final de su chapuzon, no era el de quedar limpio.

Su amo le llevaba á su casa ennegrecido y tenia la paciencia de volver el dia siguiente. Los perros siguieron aquel mal ejemplo y como *Júpiter* se revolvió entre el polvo del carbon después de tomar su baño, lo cual divertia sobremanera á la concurrencia.

En el dia no existe ya esta diversion porque *Júpiter* y sus discípulos han desaparecido hace largo tiempo; pero siempre se pasa un rato entretenido observando el curioso espectáculo que representa nuestro dibujo.

E. F.

Revista de Paris.

Todos cuantos cálculos se habian hecho sobre el nuevo empréstito francés, hasta los mas exagerados é inverosímiles, se han quedado cortos: la realidad es infinitamente superior á las conjeturas mas ambiciosas.

Sabido es que se trataba de la cifra de 3,500 millones de francos, enorme cantidad aun en estos tiempos que tanto se vulgarizan las sumas colosales; y sin embargo, la suscripcion nacional y extranjera ha contestado ofreciendo 41,000 millones de francos, esto es, doce veces lo que pedia y necesitaba la Francia para liquidar su cuenta pendiente con los alemanes.

¿Qué decir ante tan prodigioso resultado?

No extrañemos pues, que todas las preocupaciones des-

aparezcan hoy en presencia de una demostracion que en tan alto grado atestigua la confianza del mundo en el porvenir de la Francia.

El ministro de Hacienda M. de Goulard, pronunció el 30 de julio un discurso en la Asamblea para dar cuenta de la operacion de crédito que el mundo entero ha recibido con tan señalado favor, y nada mejor podemos hacer aquí que extractar las declaraciones del ministro.

M. de Goulard comenzó por decir que apenas hace año y medio, desde que la Francia habiendo vuelto á entrar en posesion de sí misma, comenzó la obra de su reconstitucion; y en aquella triste época se tomó el compromiso de pagar á la Alemania una indemnizacion de cinco mil millones de francos.

Mas que con dolor, con espanto se supieron aquellas terribles condiciones.

Cinco meses después, no obstante los nuevos desastres que sobrevinieron, el gobierno y la Asamblea decidieron apelar al pais para hacer los primeros pagos de la indemnizacion, y se ofreció el empréstito de los 2,000 millones que se cubrió dos veces.

La Francia tomó entonces la parte mas considerable y la Europa sorprendida no se mezcló en la operacion sino con extremada reserva.

El ministro entra seguidamente en los detalles del empréstito actual, y hé aqui lo que dice:

« El milagro financiero de aquella primera operacion no se ha desmentido; al contrario, en menos de un año, la situacion financiera se ha aclarado, sin esfuerzo y así hemos llegado á la hora decisiva, al momento de hacer el empréstito destinado á soldar la indemnizacion de guerra.

Hemos pedido á la Francia y á la Europa 3,500 millones y la suscripcion nos ha dado en rentas 2,464 millones y en capital mas de 41,000 millones; esto es, doce veces la cantidad que hemos pedido.

En estos guarismos la Francia figura por 1,037 millones que se descomponen así: Paris 790.866,000 francos; los departamentos 246.460,000.

El contingente del extranjero se ha elevado á 1.426,000 de renta.

De este modo se ha cubierto el empréstito mas de doce veces, y faltan todavia algunos resultados que no dejan de tener su importancia y que no han llegado aun al ministerio de Hacienda.

Es muy de advertir que la Francia ha bastado para cubrir con creces el empréstito que el pais necesitaba. Los departamentos franceses que en el empréstito de 2,000 millones figuraron por una suma de 62 millones de rentas, figuran hoy por la de 246 millones.

Estas cifras tienen una significacion que nos dispensa de largos comentarios. Ignoro si las impresiones que sentís son semejantes á las mias, pero confieso que no sin turbacion de espíritu y estupefaccion, he visto aparecer esos guarismos formidables que no han figurado en ningun tiempo, en ningun pais, en ningun empréstito, en ninguna de las mas grandes operaciones financieras del mundo.

En el primer instante nos preguntamos si no habia en todo esto algun motivo de alarma; pero ahora, sin entregarnos á ilusiones, luchando contra ellas, después de maduras reflexiones, consideramos con tranquilidad y confianza el prodigio de que somos testigos.

Nos hemos dicho que quizás no tomábamos bien en cuenta las trasformaciones que se han operado desde hace cierto tiempo en el crédito público de Europa. La fortuna moviliaria ha conquistado en nuestra época un puesto hasta aquí desconocido; ha tomado proporciones que no nos habia sido dado medir, que ignoraban nuestros antepasados y que nosotros tambien hemos ignorado hasta hace poco. Todo es nuevo en lo que pasa hoy. El crédito público obedece á una ley nueva que se revela á nosotros en ciertas horas y que las circunstancias que acabamos de atravesar han puesto en evidencia. Hay en ello algo que debe hacernos menos desconfiados, menos inquietos, menos ingratos respecto de la demostracion de que acaba de ser objeto la Francia.»

El ministro concluye su discurso enumerando las legítimas consecuencias que el pais debe deducir de esa gran manifestacion de la confianza nacional y extranjera.

Con gran satisfaccion añade que una nacion que tiene tal crédito, está autorizada para contar con el porvenir, que tiene derecho para considerar la dura leccion que ha recibido como una expiacion de sus faltas y como una sorpresa de la fortuna; pero que gracias al cielo no está condenada á reconocer la señal de su decadencia.

El discurso termina con una expresion de gracias á la Providencia; sin olvidarse de consignar tambien que ese testimonio de absoluta confianza se debe igualmente á las ideas de orden y de libertad que representa la República conservadora.

Añadiremos algunos detalles curiosos al interesante discurso del ministro.

En primer lugar diremos que se ha visto con gran emocion en Paris que en todas las ciudades del antiguo territorio francés, hoy agregado á la Alemania, la suscripcion ha tenido grandes proporciones, como si allí, mas que en

ninguna parte, se quisiera contribuir á la obra de la liberacion tan deseada por todos los franceses.

Estrasburgo, Metz, Mulhouse y Colmar han realizado muchos centenares de millones.

Esta prueba de simpatía y de constancia ha sido apreciada debidamente por lo que representa en el dia de hoy y por lo que promete para lo futuro.

Pero citemos algunos guarismos:

Estrasburgo se ha suscrito por 44.431,800 francos de renta.

Mulhouse por 22.529,225.

Metz por 4.373,260.

Aunque estas cifras no son oficiales, se dan, sin embargo, como exactas; ó mejor dicho, cuando el gobierno redacte el informe de la reparticion, veremos sin duda, que todas ellas se han aumentado, pues en la hora en que escribimos, lo hacemos sobre los primeros datos recibidos.

Hé aqui ahora las suscripciones de las primeras ciudades de Francia.

Ya sabemos la enorme suscripcion de Paris: 790.866,000 francos.

Marsella, 14.133,320 fr. de renta.

Tolosa, 2.500,000 fr. de renta.

Burdeos, 18.175,165 fr. de renta.

Nantes, 1.349,255 fr. de renta.

Nancy, 4.200,000 fr. de renta.

Lila, 26.958,705 fr. de renta.

Lyon, 25.322,360 fr. de renta.

Ruan, 9.650,000 fr. de renta.

Las noticias detalladas del extranjero son mas escasas.

No conocemos la suscripcion de Lóndres, donde sin embargo, sabemos que el nuevo empréstito se cotiza con una prima de 3 á 4 francos; pero si podemos decir que la Bélgica ha tomado una parte extraordinaria en la operacion, puesto que en todo ese pais se han suscrito por 9,000 millones.

Para que todo sea motivo de asombro en este colosal empréstito, añadiremos que la Alemania ha reunido tambien suscripciones importantísimas.

Una casa de banca de Berlin se suscribió el domingo por 500 millones.

Otro banquero de Colonia suscribió tambien la misma suma.

Por último, en Berlin se han suscrito 3,000 millones.

Si recordamos ahora que hace algunos meses el gobierno prusiano no pudo realizar por via de préstamo una cantidad de 400 millones que necesitaba con urgencia, nuestro asombro será completo.

Por último, en Italia han ofrecido 620 millones de capital nominal.

Entre las noticias de los paises remotos señalaremos una sola para no abusar de las cifras: Bombay ha suscrito por 22.500,000 fr.

La Bolsa de Paris está profundamente conmovida.

Como nadie contaba con ese resultado fabuloso, cada cual habia vendido por anticipacion lo que creia corresponderle en el reparto, y ahora se encuentra con que es preciso comprar á toda costa para cubrir aquellas operaciones, que se cuentan por miles de millones de francos.

Así es que el nuevo empréstito sube como la espuma: ya gana mas de 5 francos y se cree que llegará á la par en breves dias.

Es un vértigo, es como un delirio.

Cada hora que pasa añade otros mil millones á la increíble suma anunciada por el ministro.

Paris está como atónito, como deslumbrado con tantos millones, y se habla de preparativos de fiestas, de iluminaciones patrióticas.

Hemos dejado correr la pluma sobre esta cuestion del empréstito realizado del modo portentoso que acabamos de referir; pero debemos ya detenernos, con la reserva de añadir posteriormente los nuevos datos que completan estas primeras indicaciones necesariamente sujetas á error, porque escribimos en los primeros momentos y bajo la impresion de la especie de fiebre que producen los miles de millones ofrecidos de todas partes al gobierno.

Sin embargo, nuestra crónica exige que varíemos de asunto.

Dias pasados fué admitido á la mesa del presidente de la República un viajero célebre, M. Stanley, de Norte-América, que habia salido en busca de Livingstone, y habia tenido la suerte de encontrarle.

Es toda una historia, por todo extremo interesante, y que vamos á tratar de resumir en breves palabras.

Sabido es cuánto se ha agitado en todos los tiempos antiguos y modernos la cuestion de las fuentes del Nilo.

¿Qué de hombres de ciencia, qué de viajeros intrépidos han emprendido con el fin de descubrir las ignoradas fuentes, expediciones aventuradas y la mayor parte fatales para ellos!

El doctor Lavingstone, natural de Inglaterra, sin arredrarse por tales antecedentes, hizo el juramento de consagrarse tambien al descubrimiento de las fuentes del Nilo.

Con efecto, emprendió su excursión, después de otros viajes hechos á diferentes países, y á fines del año 1863 se internó en las tierras de Africa.

Acompañábale una reducida escolta de indígenas, insubordinada y malévola, que era en verdad un enemigo más entre los muchos que contaba en su derredor el doctor Livingstone.

En los primeros tiempos pudo dar noticias de su paradero, y el mundo entero se interesaba con las cartas que escribía, en las cuales daba cuenta minuciosa de sus exploraciones, señalaba las penalidades, las sorpresas de los bárbaros que tantas veces quisieron atentar á sus días, y sobre todo hablaba con entusiasmo del resultado final de su viaje, que se prometía feliz y coronado con el precioso descubrimiento.

Sin embargo, á medida que adelantaba en aquel territorio escaseaban sus cartas, hasta que por fin, en los últimos meses de 1866 cesaron completamente.

A poco tiempo se anunció que había fallecido, lo que sembró la consternación entre los admiradores del arrojado y sabio viajero.

Ahora bien, en Nueva York hubo un hombre que quiso averiguar si era cierta la noticia de su muerte.

El doctor Livingstone había prometido la relación de su viaje al *New-York-Herald*, y el famoso director de esta publicación, que es el hombre á quien aludimos, preparó una expedición para que saliera en busca de Livingstone, y puso al frente de ella á M. Stanley, uno de sus redactores.

M. Stanley, á fuerza de perspicacia, siguiendo los menores vestigios de las huellas del doctor, sufriendo penalidades infinitas, exponiendo su vida al furor de los salvajes, y presa muchas veces de enfermedades terribles, después de haber andado más de doscientas leguas por el desierto, llegó por fin al lago de Tanganhika, en Ujiji, y allí tuvo la suerte de encontrarse con el doctor Livingstone.

Fué el 10 de noviembre de 1871.

Cinco años hacía que Livingstone vivía allí, privado de comunicación con el mundo civilizado.

No había descubierto aun las fuentes del Nilo, porque, en su opinión, se encuentran en las cien millas que aun tiene por explorar; pero sigue con la esperanza de descubrir las, y entre tanto ha hecho descubrimientos de ríos y montañas, que no serán estériles para la ciencia.

M. Stanley le dejó el 14 de marzo de 1872, y emprendió su regreso acompañado por el hijo del doctor Livingstone.

Tal es el convidado que tenía días pasados en su mesa, M. Thiers, presidente de la República.

Nada absolutamente tenemos que decir esta semana de los teatros parisienses; nada sino es que los pocos que están abiertos podrían cerrarse, pues la gente huye de ellos, temiendo la asfixia.

En cambio, están muy concurridos los conciertos de los Campos Elíseos, sobre todo en las fiestas de los viernes. Toda la elegancia que queda en París se encuentra allí esas noches. Los árboles, las flores, el aire libre, forman ilusión, y se cree uno estar en un espectáculo campestre; mas, desgraciadamente, los árboles aparecen envueltos en luces de gas, las flores, á menos de acudir al arte de Guérlain, carecen de perfume, y el aire libre no es otra cosa que una atmósfera empolvada; en suma, la realidad nos advierte por todas partes que estamos en París, muy lejos del campo, por el que suspiran en este tiempo canicular todos los parisienses.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

UNA FLOR MARCHITA.

EN UN ALBUM.

Quisiera que en este libro
Grabara la pluma mía
Un recuerdo de alegría
Digno del libro y de tí;
Pero la mente se afana
Y encuentro que en su delirio
Solo el pesar y el martirio
Son recuerdos para mí.

Perdona, pues, si en tu album
Do la esperanza se agita,
Estampo una flor marchita
Que conservo en mi dolor,

Como el símbolo sagrado
Del altar de mi creencia,
En donde aspiré la esencia
De mis delirios de amor.

Aun la juventud florida
En mi frente se pintaba,
Y como tú me forjaba
Un porvenir inmortal,
Extasiándose mis ojos
Ante el fulgor de una estrella
Que era mi esperanza bella,
Mi encantador ideal.

Y en un éxtasis eterno
Iba corriendo mi vida
Como la linfa perdida
Del arroyuelo feliz,
Llevando siempre grabada
En mi juvenil memoria,
De amor la risueña historia
Que halagaba mi existir.

Soñaba que era la vida
Un eternal paraíso,
Eden de agradable hechizo
Que para el hombre hizo Dios;
Y en ese Eden contemplaba
De una mujer seductora
La imagen fascinadora
Que me embriagaba de amor.

Y la miraba despierto
Y también cuando dormía,
Y á todas horas la vía
Como viviendo en mi ser;
Ya en la flor que se mecía,
Ya en la nube que flotaba,
Ya en el ave que pasaba
Para nunca más volver.

Era un deliquio amoroso
Que se abrigaba en mi pecho,
En cuyo límite estrecho
No cabía mi corazón,
Pues sentía dentro del alma
Fuego de amor sin segundo,
Que me enseñaba otro mundo
Cual lo hizo Dios á Colon.

Y así corrieron los años
Entre risas y armonías,
Entre dichas y alegrías,
Entre glorias y ambición;
Siempre vagando la mente,
Siempre riendo y gozando,
Y siempre, siempre soñando
En un mundo de ilusión.

Y ví convertir mi sueño
En la realidad hermosa,
Ví la mujer ó la diosa
Que mi cerebro creó,
Y la ví radiante y bella,
Como no la ví en el suelo,
Como la Virgen del cielo,
La Rosa de Jericó.

Y sentí que por mis venas
Circulaba un fuego ardiente
Cual la encendida corriente
De flamíjero volcán,
Que conmoviendo mi pecho
Con ronca voz me decía,
Tu placer y tu alegría,
Tus amores, allí están.

Sentí renacer veloces
Mis sueños de bienandanza,
Y en brazos de mi esperanza
Hasta la diosa volé,

Y fatigado y rendido
Ví, deteniendo mi vuelo,
Que era una mujer... de hielo
La imagen que yo soñé.

Desde entonces he perdido
Esa fe que al hombre guía,
Porque aquí en el alma mía
No hay ya delirios de amor;
Y por eso hoy en tu album
Do la esperanza se agita,
Estampo la flor marchita
Que conservo en mi dolor,

JOSÉ ANTONIO DAUBON.

La vuelta del tapiz de la Meca.

La peregrinación á la Meca se ha concluido, los fieles creyentes están de vuelta hace una semana, y el llano del Abaskieh está convertido en un inmenso campamento donde se agrupan en confusión los peregrinos.

Sin embargo, no pueden entrar en el Cairo hasta que se hallan cumplido ciertas disposiciones sanitarias. En cuanto se permite la comunicación, los parientes y amigos de los viajeros acuden á saber noticias; ¡ay! muchos se han quedado en el camino, víctimas de su creencia, muchos no volverán á ver la casa en que nacieron.

Los que Allah ha favorecido reciben de su familia alegre y entusiasta, mil felicitaciones.

El árabe instalado en un asno vuelve á su vivienda con gran pompa, con el acompañamiento de los taraboucks y las flautas; y las mujeres lanzan el grito gutural y cortado que es señal de alegría.

Por fin se anuncia el día de la entrada del tapiz, el cañón de la ciudadela señala desde por la mañana la caravana cuya fila inmensa se extiende en la llanura, y la población en tropel se precipita á su encuentro.

Al cabo de muchos obstáculos llegamos á la comitiva en el instante de su entrada en el Cairo por la puerta Bab-el-Naaz. Nada más bello que el fondo de ese cuadro bañado por el sol, con su polvo de oro y sus casas árabes de elegantes miradores.

A la cabeza marcha la guarnición de la ciudad, banderas desplegadas, con los batallones de infantería, tan originales con sus casaquillas blancas. La música toca la marcha turca y las trompetas suenan á la francesa. Siguen los escuadrones de lanceros, luego los cawas á caballo y los arnautas que han acompañado á la caravana.

Aquí comienza el interés: dos jeques con enormes turbantes de cachemira y cubiertos con grandes ropones que ciñe un ancho cinturón, vienen al frente, apoyados gravemente en dos bastones de viaje adornados con plumas de avestruz.

Sigue el gran jeque de los hadjis, montado en un camello muy engalanado; y detrás aparecen los iluminados, los magnans, los locos, los santones, los derviches, todos dando mil gritos y haciendo mil piruetas; son quizás los mismos que hemos visto ya en el *Dossé*, bajo las patas del caballo blanco, á lo largo del camino de Boulaek.

Hé aquí el tapiz: figurémonos una especie de gran catafalco cónico coronado con cinco gruesas bolas y picas de metal; tal es el tapiz, el tapiz sagrado, todo bordado de seda y oro, todo cuajado de versículos del Corán.

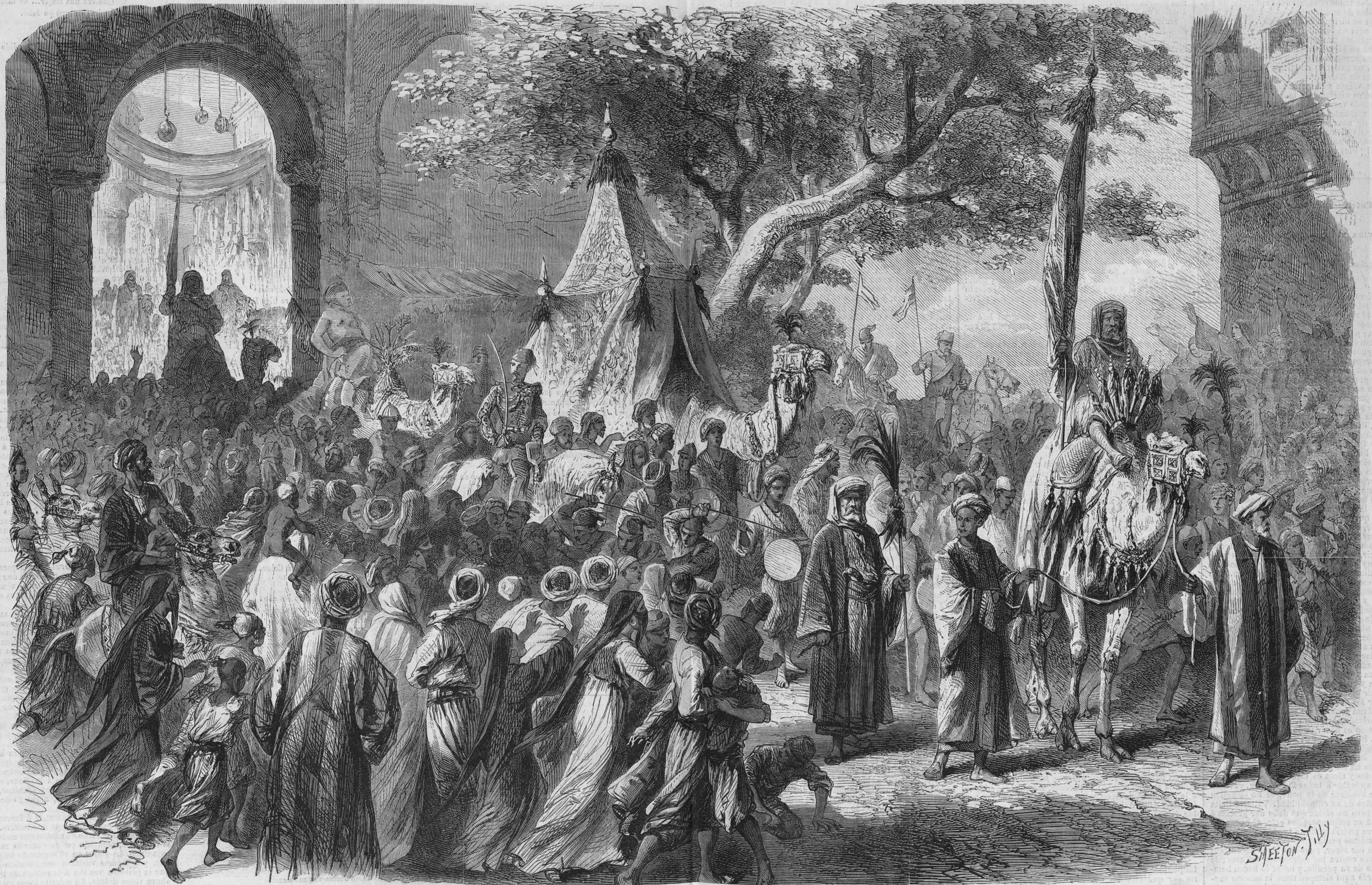
El dromedario que le lleva tiene en la cabeza unos paños con lentejuelas de oro y plata, y encima un penacho de plumas de avestruz.

Delante de él y á los lados vienen los peregrinos quemando una especie de incienso que perfuma el aire. En derredor del gigantesco animal, que se ha hecho sagrado por su viaje á la Meca, se apiñan una porción de hombres, mujeres y chicos, ávidos todos de tocar el venerado tapiz, á riesgo de morir aplastados.

Con gran trabajo los cawas, y á fuerza de latigazos, abren paso á esa porción de la comitiva.

Seguidamente viene el santón que cada año conduce la caravana, montado en un camello magníficamente enjaezado. Le vimos en 1870 cuando se puso en marcha, y le hemos vuelto á ver idéntico en todo, solo que la primera vez iba á la cabeza de la procesion, y ahora viene detrás. Su robusto torso está enteramente desnudo: un ancho cinturón encarnado le sujeta al emplumado respaldo de la silla, y su pesada cabeza con cabello lanudo se columpia alternativamente á derecha é izquierda.

Detrás llegan montados en dromedarios los jeques de las diferentes corporaciones religiosas con inmensas banderas, y luego toda una orquesta de tambores, timbales, taraboucks, tamboriles y flautas. Los camellos de las provisiones cierran la marcha, y en sus grandes cajas de arroz y de maíz vienen sentados los



LA PEREGRINACION DE LA MECA. — El tapiz de la Meca de vuelta en el Cairo.

SMEETON J. W.

chicos que han estado tambien en la peregrinacion de la Meca.

Por último, se ve un tropel de peregrinos pintorescamente vestidos todos ellos, algunos cubiertos de harapos y rodeados de sus familias.

La procesion se dirige á la ciudadela.

Con efecto, aquí se termina la fiesta, y desgraciadamente no pudimos presenciarla.

El tapiz entra en el patio de la inmensa fortaleza, y cada uno de los peregrinos recibe en recuerdo de su religioso viaje, un pedacito de la tela sagrada que cubria el sepulcro de Mahoma.

Una salva de veinte cañonazos anuncia el fin de la ceremonia, que es ciertamente la mas hermosa é imponente que puede verse en el Cairo. El árabe, regocijado con el turbante encarnado que desde ahora tiene derecho de usar, aplica á su casa los ornatos mas extraños y de vistosos colores. — Es que la felicidad ha entrado en su morada para él y los suyos.

Mach! Allah! ¡Dios es grande!... A. D.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuacion. — Véase el número 1,021).

¿Y cómo quiere usted que suceda otra cosa, continuó aquel hombre, cuando las leyes no son las mismas para todos? Si un rico ó un hombre que tiene influjo no obedece á la ley, se aprovecha impunemente de su injusticia; pero si un pobre hace lo mismo, entonces principian las formalidades jurídicas, y saldrá condenado despues de haber agotado lo poco que tenia. En mi concepto la mayor iniquidad es no poder alcanzar lo que es justo y legal sino por medio de dinero, pues por grande que sea la injuria que uno haya recibido, no se puede acercarse á su juez ni pedir que se le haga justicia sin haber depositado antes una suma de dinero para el juez.

El apóstata de la civilizacion continuó largo rato en el mismo tono, declamando con calor contra semejantes abusos. Cuando pareció que ya debía haber hablado todo cuanto tenia que decir, entonces Prisco le suplico le dejase hablar á él algunos minutos, y que le oyera con atencion.

— A mi modo de ver, dijo, los fundadores del estado romano fueron hombres prudentes y previsores, pues á fin de que cada uno supiese su obligacion, hicieron de estos los depositarios de la ley, de aquellos los guardas de la seguridad pública, y no teniendo otra ocupacion que la del manejo de las armas, aguerirse y combatir, estos últimos compusieron una clase de hombres muy útiles para defender á los demás. Nuestros legisladores establecieron además una tercera clase, es decir, la de los colonos que cultivan la tierra, y era muy justo que esta clase por medio de la anona militar alimentasen á los que la protegen. Pero aun hay mas: esos hombres instruidos crearon á los conservadores de la equidad y del derecho en beneficio del pobre, y defensores jurídicos para aquellos que no sabian defenderse. Establecido este principio, ¿qué hay de injusto en que el juez y el abogado sean pagados por el pleiteante, y el soldado por el paisano? El que recibe un servicio debe un tributo al que se lo hizo, y las atenciones deben ser mútuas. El jinete gana en cuidar un caballo, el pastor en cuidar su ganado y el cazador en cuidar sus perros. Si hay hombres que pleitean y que se arruinan en pleitos, tanto peor para ellos; y en cuanto á la duracion de los procesos, debo decir que en general consiste en la necesidad de aclarar los hechos, y en resumidas cuentas mas vale una buena sentencia, aunque sea tarde, que una mala improvisada. Arriesgarse á cometer una injusticia no tan solo es hacer daño á los hombres, sino que se ofende á Dios, que es el autor de la justicia. Las leyes son públicas, todos las conocen ó pueden conocerlas, y el mismo emperador se somete á ellas. La acusacion que ha formulado Vd. sobre la impunidad de los grandes y ricos es cierta en algunas ocasiones, pero es aplicable á todos los pueblos, y el mismo pobre puede evadirse de la pena, si no se hallan pruebas suficientes de su culpabilidad. Vd. se felicita de su libertad; pero no olvide que debe dar gracias á la fortuna y no á su soberano, pues este, al conducirle Vd. á la guerra podría quitarle la vida, y si Vd. hubiese huido, él mismo podía darle la muerte. Los romanos no tienen ese rigor, pues sus leyes garantizan la vida del esclavo contra las exigencias del amo; le aseguran el goce de su peculio, y hasta le hacen hombre libre, mientras aquí siempre tiene la muerte suspendida sobre su cabeza por la mas mínima falta.

Este cuadro de la civilizacion y de las protecciones diferentes que rodean al individuo bajo un gobierno civilizado, pareció remover vivamente al interlocutor de Prisco, pues probablemente no buscaba otra cosa que ahogar en sí algunos remordimientos, valiéndose de sofismas sobre sofismas. Sus ojos parecieron humedecerse, y luego dijo:

— Las leyes de los romanos son buenas, y su re-

pública está bien ordenada; pero los malos magistrados la pervierten y la echan abajo.

En eso estaban cuando un criado de Onegeso abrió una puerta del recinto, y Prisco dejó al desconocido, á quien no volvió á ver.

La insistencia que hacia ver Teodosio en que Onegeso fuese el negociador en las desavenencias con los hunos, consistia en un doble cálculo de la política de Bizancio. Primeramente se rechazaba á Edecon como un hombre demasiado áspero de carácter y muy adherido á los intereses de su soberano, y se trataba de seducir y corromper por medio del dinero al poderoso ministro que se mostraba tan atento con el imperio romano.

De estos dos cálculos el honrado Maximino ignoraba el primero y sospechaba apenas el segundo; pero esta parte de su mision le habia sido recomendada como una de aquellas que mas interesaban al emperador, por manera que ni aun presumian que semejantes promesas pudiesen hallar la mas mínima dificultad con un bárbaro.

Onegeso, despues de haber echado una rápida ojeada á los regalos que le llevaba Prisco, mandó que los dejase en su casa, y habiendo sabido que el embajador romano se queria volver al momento á su domicilio, se le presentó á poco rato en la misma tienda del embajador.

Entonces principió entre aquellos dos hombres de Estado una conversacion en la que se hizo ver el carácter del ministro de Atila completamente.

Maximino le hizo ver con un poco de énfasis que no podía tardar el momento de una paz entre los romanos y los hunos, pacificacion cuyo honor estaba reservado á su prudencia, y que el ministro huno podia estar seguro él y sus hijos del eterno reconocimiento del emperador y de la familia imperial por los servicios que podia prestar.

— ¿Cómo puede recaer sobre mí ese gran honor, preguntó sencillamente Onegeso, y cómo puedo yo ser el árbitro soberano de la paz?

— Estudiando, contestó el embajador, cada uno de los puntos que nos dividen, los convenios de los tratados, y pesándolo todo en la balanza de su equidad.

— Pero ese no es el papel que puede desempeñar un embajador, replicó Onegeso, y aunque yo lo fuese, nunca tendria otra pauta en mis acciones que la voluntad de mi soberano. ¿Creen acaso los romanos que con sus súplicas haré yo traicion á mi rey, y abandonaré á mis mujeres y á mis hijos que han nacido entre los hunos? Si eso creyesen, gran chasco se llevarian, pues mas dulce seria para mí la esclavitud al lado de Atila, que los honores y la fortuna en el imperio romano.

Estas palabras, pronunciadas con un tono tranquilo aunque firme y con energía, no admitian réplica; mas Onegeso, como si fuese para dulcificar algo de duro que parecia descubrirse en ellas, añadió con viveza que seria mas útil á los romanos, hallándose cerca de Atila, cuya cólera solia serenar, que en Constantinopla, en donde sus buenos deseos por los romanos no tardarian en hacerle sospecho.

Es indudable que el ministro de Teodosio no podia sacar ningun partido por aquel lado.

Sin embargo, la reina Kerka esperaba sus regalos, y Prisco fué encargado de presentárselos. Ella los recibió en una habitacion elegante de palacio, cubierta con un tapiz de lana, y la misma reina se hallaba sentada sobre los almohadones y rodeada de sus mujeres y demás criados acurrucados en circulo en derredor suyo, los hombres á un lado y las mujeres á otro.

Al cabo de algunos instantes vió á Atila, quien, llevando á su lado á Onegeso, iba á ponerse delante de su casa para hacer justicia.

Su actitud era grave, y se sentó con mucho silencio. Los que tenian pleitos que sentenciar se fueron presentando cada uno á su turno; sentenció todos los que se le presentaron, y luego entró en palacio para recibir á varios diputados que habian llegado de diferentes paises bárbaros.

El recinto del palacio de Atila era una especie de paseo, en el que circulaban libremente los embajadores esperando las audiencias del rey ó del ministro, teniendo la libertad de ir y venir á verlo todo sin que los guardas pudiesen decirles nada.

Prisco se encontró allí con el conde Rómulo y sus colegas de la embajada de Occidente, los que se paseaban en compañía de dos secretarios de Atila.

Esos personajes se preguntaron mutuamente el estado de sus negocios, y al parecer, los que incumbian á la embajada de Occidente no iban mejor que los de Oriente, pues Atila seguia en sus trece que se le habia de entregar el banquero Silvano ó los vasos de Sirmium.

En esto, varios de los asistentes hablaban y se quejaban de la terquedad de los bárbaros, y entonces Rómulo dijo suspirando:

— Si, la fortuna y el poder han echado á perder á tal punto á este hombre (Atila), que no oye á nadie, á no ser que el asunto le interese; pero confesemos tambien que nadie ha hecho ni llevado á cabo planes mas vastos en la Escitia como fuera de ella y en menos tiempo: dueño de toda la Escitia hasta las islas del Océano, nos ha hecho sus tributarios, y aun tiene en su cabeza planes mas grandes, pues quiere emprender la conquista de la Persia.

— ¿Cómo de la Persia? dijo uno de los que habia allí; ¿y qué camino tomará para pasar á ese pais?

— Un camino muy corto, contestó Rómulo. Los

montes de la Media no están muy lejos de las tribus de los hunos, y estos lo saben muy bien. Hubo un tiempo en que acosados los hunos por el hambre y no pudiendo sacar víveres del imperio romano por hallarse en guerra con él, dos de sus principes trataron de sacar subsistencias del Asia; y al efecto avanzaron por un pais desierto hasta las orillas de una laguna que yo creo ha de ser la de Meotides, y desde allí en quince dias de marcha llegaron al pié de altas montañas, las atravesaron y se hallaron en la Media. El pais era fértil; los hunos principiaron á recoger la cosecha, y ya tenian un inmenso botin, cuando llegaron los persas eclipsándolos, por decirlo así, con sus innumerables flechas. Sorprendidos los hunos, abandonaron todo lo que habian cogido, y se retiraron por otro camino que los llevó á su pais. Supongan ustedes ahora que se le ponga la idea en la cabeza á Atila de volver á empezar esa campaña, y fácilmente comprenderán que tanto á los medos como á los persas pronto llegaria á conquistarlos, pues no hay fuerzas en el mundo que puedan resistir á sus ejércitos.

Los romanos oian con mucha curiosidad la relacion del conde Rómulo, hombre que habia viajado mucho y asistido á muchos cambios y contratiempos de las fortunas.

En eso uno de los interlocutores dijo que deseaba que Atila se comprometiese en esa guerra lejana y arriesgada, pues de ese modo dejaria respirar el imperio romano.

Peró otro dijo:

— Cuidado, cuidado, que tal vez vendrá sobre vosotros, despues de haber conquistado el imperio de los medos. En el dia se contenta con recibir el dinero que le damos como un salario que lleva en sí su título de general romano; pero luego que haya conquistado la Persia, y que solo el imperio romano quede en pié para hacerle frente, ¿piensa Vd. que tendrá mas consideraciones con él que con la Persia? Ya hoy dia no puede llevar con paciencia ese título de general, que nosotros le damos por no darle el de rey, y se le ha oido decir mas de una vez « que tenia al rededor suyo esclavos que valian tanto como los generales romanos, y generales hunos que valian tanto como los emperadores.»

Esta conversacion, en la que los representantes del mundo civilizado se comunicaban sus tristes y negros presentimientos, aumentando á cual mejor las cualidades del hombre que suspendia por un momento la destruccion de su patria, esa conversacion, digo, fué interrumpida bruscamente.

Onegeso se presentó allí para decir á Prisco que Atila no recibiria en lo sucesivo como embajadores sino á tres personajes consulares, entre los que se contaba Anatolio. Prisco, sin pensar que ponía en contradiccion á su mismo gobierno, hizo presente que designar así ciertos hombres era hacerlos sospechosos para con su soberano; pero Onegeso contestó con las lacónicas palabras de:

— Es preciso que sea así, ó de otro modo se declarará la guerra.

Prisco se dirigia bastante triste á su barrio, cuando se encontró con el padre de Orestes Tátulo, quien iba á informar al emperador que Atila les convidaba á comer en aquel mismo dia, á cuya comida debian asistir tambien los embajadores de Occidente.

La sala del festin era una gran pieza oblonga que tenia al rededor sillas y varias mesitas. En el medio se hallaba una especie de tablado con la mesa de Atila y su cama, en la que se hallaba ya antes de comer, y á poca distancia detrás de la cama de Atila se hallaba otra, adornada como la primera con sábanas y tapices de diferentes colores.

Al entrar los embajadores, varios coperos que se hallaban á la puerta les presentaron un vaso de vino á cada uno para que bebiesen á la salud del rey, ceremonial obligatorio que tuvo que observar cada convidado antes de sentarse en su puesto.

El asiento de honor á la derecha del estrado le ocupó Onegeso, y enfrente de él se sentaron dos hijos del rey. A los embajadores les señalaron la mesa de la izquierda, que era la segunda en dignidad.

Ellac, hijo primogénito de Atila, se sentó en la cama de su padre, pero mucho mas lejos que este; casi siempre permaneció con los ojos mirando al suelo, sin salir de esa actitud llena de respeto y de modestia. Luego que se sentaron los convidados, el copero de Atila presentó á su soberano una copa llena de vino, y el monarca bebió saludando al convidado de honor, quien se levantó al momento, tomó una copa de las manos del copero, y contestó al brindis del rey.

En seguida hicieron lo mismo los embajadores con la copa en la mano, y de este modo el rey fué saludando á todos los convidados uno despues de otro, siguiendo su empleo y categoria.

Concluidos los brindis, entraron los reposteros con platos y fuentes de carne, colocándolas en las mesas. La carne que sirvieron á Atila estaba en fuentes de madera, como igualmente sus vasos, siendo de advertir que el servicio de los convidados era de plata ó de oro.

Terminado que fué el primer servicio, volvieron á entrar los criados, y principiaron de nuevo los brindis. Al cabo de algun rato se sirvió el tercer servicio, comiendo y bebiendo los convidados á cual mejor.

Luego que anocheció se encendieron luces y entraron dos poetas, quienes cantaron en lengua húnica delante de Atila varios versos que habian compuesto, celebrando las virtudes guerreras y las victorias de su

soberano. Sus canciones excitaron en el auditorio trasportes que fueron hasta el delirio, pues los ojos de aquellos personajes hunos echaban chispas, los semblantes tomaban un aspecto terrible, y muchos de ellos lloraban, según dice Prisco.

Concluidos los versos y canciones, entró un bufón ó tonto, cuyas contorsiones hicieron pasar á los convidados en un instante del entusiasmo á la alegría desmesurada.

Durante todas aquellas transformaciones, Atila permaneció siempre inmóvil y grave, sin manifestar la mas mínima emoción, de modo que tan solo manifestó un asomo de ternura al entrar el mas joven de sus hijos, llamado Ernakh, y le llamó cerca de su cama cogiéndole por el carrillo.

Sorprendido Prisco del cambio súbito de la fisonomía de Atila, se inclinó hácia uno de sus inmediatos, que era huno, y le preguntó en latín, pero al oído, por qué motivo aquel hombre tan serio para con sus hijos se mostraba tan gracioso con aquel.

— Se lo explicaré á Vd. con gusto, si me promete guardar secreto, dijo el bárbaro. Los adivinos han dicho al rey que su estirpe se extinguiría en sus hijos, menos en Ernakh: hé ahí el motivo de su ternura.

Estando en esto, entró el moro Zercon, y al momento se oyeron en la sala estrepitosas carcajadas: era un intermedio que se debía á la imaginación de Edecon. El moro Zercon, enano, jorobado, chato ó mas bien sin narices, tartamudo é idiota, circulaba hacia unos veinte años de un extremo del mundo á otro y de amo en amo como el objeto mas extraño que pudiera nadie imaginarse para causar diversion.

Los africanos le habian dado al general romano Aspar, quien le perdiera despues en Tracia en una campaña que habia hecho contra los hunos. De allí le condujeron á Atila, y este no quiso verle; pero Zercon encontró mejor acogida en Bleda.

A poco tiempo este príncipe huno se aficionó tanto á su enano, que ya no podia casi vivir sin él, pues le hacia sentar á su mesa y le llevaba á la guerra, dándole una armadura con la que el enano se hallaba tan satisfecho, que hacia mil movimientos y contorsiones tomando actitudes guerreras.

Un día Zercon se marchó al país de los hunos, y Bleda no descansó hasta haberle vuelto á coger ó rescatado; en fin se lo llevaron cargado de grillos.

El moro, al ver á su amo irritado, principió á llorar, y confesó haber cometido una falta abandonándole; pero esta falta, decia él, tiene una buena excusa.

— ¿Y cuál es tu disculpa?

— Esa disculpa consiste en que no me han dado una mujer.

La idea de reclamar una mujer aquel ente tan sumamente feo, aquel aborton, hizo reír á Bleda, y no tan solo le perdonó, sino que hizo que se casase con él una de las criadas de la reina, que tenia un gran defecto en su conformación.

En fin, Zercon, despues de haber pertenecido á dos ó tres amos despues de la muerte de Bleda, se hallaba en Constantinopla, y allí le aconsejó Edecon que debía presentarse á Atila para que le diese su mujer, haciéndolo así el día del festin. Luego que concluyó este, y despues de haber reído mucho, los romanos se retiraron á sus tiendas.

El tiempo iba corriendo, y los embajadores no obtenian ni audiencia del rey, ni contestación satisfactoria sobre ninguno de los puntos de su embajada. En su consecuencia pidieron permiso para marcharse; pero Atila, sin negárselo positivamente, les hizo permanecer allí bajo diferentes pretextos.

La reina Kerka quiso festejarles á su turno, y al efecto les convidó en la casa de su mayordomo mayor Adamo. La comida, dice Prisco, fué magnífica y muy divertida, de modo que los convidados, no obstante la gravedad romana, tuvieron que beber y abrazarse.

En fin, Atila les convidó otras dos veces, y en la última, entre otras varias exigencias que trataba de arrancar de Teodosio, le mandó á decir que se buscara en Oriente una esposa para su secretario Constancio, en donde se hallaba como agregado á la embajada. Teodosio, que no reparaba en pequenezes, contestó que la cosa era fácil, y así es que le propuso al momento una huérfana, hija de Saturnino, que habia estado empleado en el palacio, y que fuera acusado mas tarde por la emperatriz Atenais de complot.

La joven se hallaba todavía presa en un castillo; pero cuando supo la suerte que se le preparaba, se dejó robar por un tal Zenon, general de las tropas de Oriente, quien la casó con un amigo suyo llamado Bufo.

Atila, furioso, envió á decir á Teodosio que si no tenia fuerzas para hacerse obedecer, pasaria él allá. Todo esto no eran mas que planes de Atila para sus proyectos ulteriores.

Por último, despues que Atila aclaró lo que queria saber, es decir, la inocencia del embajador, la persistencia de la corte imperial en el complot contra su vida, y la vuelta próxima de Vigilas, que ya habia salido de Constantinopla, dejó marchar á los embajadores, cuya presencia le era ya inútil.

Dispuesta á marchar la embajada, mandó Atila que se formase un consejo de señores hunos, presidido por Onegeso, y en él se deliberó escribir una carta, la que entregaron á Berikh, que acompañó la embajada hasta Constantinopla.

El camino fué largo, y en él vieron los romanos crucificar varios tráfugas, y castigar á otros cerca de

la frontera, de un modo inhumano. Por último, á poca distancia del Danubio, y en territorio romano, la embajada se encontró con Vigilas en compañía ó mas bien guardado y vigilado por Esla.

Tal fué el primer drama complicado, cuyos hilos hacia mover Atila con suma paciencia y astucia. Ese hombre habia tenido en su poder durante dos meses á los representantes de un gobierno que conspiraba contra su vida; podia á no dudarlo invocar el derecho de las naciones violado, ya fuese para vengarse ó para deshacerse de la embajada, porque la existencia de aquellos personajes dependia de la menor señal que hiciese; pero él no hizo nada, antes por el contrario, separó el inocente del culpable con la imparcialidad de un juez que sentencia una causa extranjera, sin querer hacer notar que los dos llevaban la misma mancha original.

Si en semejante conducta se veía un sentimiento incontestable de equidad natural, tambien habia en ella un gran fondo de orgullo y un odio que dejaba á un lado á los instrumentos para hacer ver con mas claridad la atrocidad del crimen y poder vengarse mas á su gusto.

Atila queria que el mundo hiciese un parangón entre Teodosio, emperador de Oriente, y entre el que este llamaba un jefe bárbaro.

Vigilas se dió prisa en terminar en Constantinopla los negocios que servian de pretexto á su viaje. Siempre ciego, y siempre infatuado de su importancia, llegó á inspirarla á los demás, y así es que creyendo Crisafio asegurado el complot, dobló la suma que habia sido marcada, y el intérprete se volvia con cien libras de oro en un saquito de cuero.

Todo esto se pasaba á la vista perspicaz de Esla, quien no perdía un momento en averiguar y cerciorarse de todos los pasos de su compañero de viaje. Esta vigilancia aumentó al otro lado del Danubio. Vigilas llevaba consigo á su hijo mayor para que viese el país de los hunos; pero tan pronto como entraron en el pueblo real ó residencia de Atila, fueron arrestados los dos y conducidos al rey; sus bagajes fueron registrados, y en ellos encontraron las cien libras de oro en el saquito de cuero.

Al ver Atila el oro fingió sorprenderse, y preguntó al intérprete qué era lo que pensaba hacer de aquel oro. Este contestó que era para su gasto y el de las personas que le acompañaban, y además para comprar algunos caballos, y una parte para rescatar algunos cautivos, encargo que le habian hecho algunas personas romanas.

Entonces la paciencia de Atila no pudo contenerse, y le dijo:

— Mientes, infame, pero tus mentiras no engañarán á nadie, y no eludirás el castigo que merece tu perfidia. No, esa suma no es para tu gasto ni para comprar caballos, pues ya sabias que yo habia prohibido toda especie de comercio cuando estuviste aquí con Maximino.

Al concluir estas palabras mandó que sus guardias le trajesen al hijo del intérprete, declarando que iba á atravesarle con su espada si el padre no confesaba inmediatamente el uso que pensaba hacer de las cien libras de oro.

Viendo Vigilas que su hijo se hallaba en el mayor peligro, se volvió como loco, y extendiendo sus brazos ora hácia los que tenian las espadas desnudas, ora hácia Atila, gritaba diciendo:

— No mateis á mi hijo, no mateis á mi hijo, que no sabe nada de esto; es inocente, y yo solo soy el criminal.

Entonces confesó de lleno la trama urdida entre él y Crisafio, que la idea del asesinato de Atila la habia concebido el gran eunuco, que Edecon lo habia aprobado, y que el emperador habia consultado el asunto con sus consejeros, etc.

Mientras que así hablaba, Atila le oia con la atención de un juez comparando los detalles que le daba aquel hombre con las revelaciones de Edecon, quedando convencido que el intérprete decia la verdad. Calmando un poco su cólera, mandó que dejasen libre el hijo y que metiesen en un calabozo al padre hasta que dispusiese de su suerte.

En efecto, cargaron de grillos á Vigilas, y en cuanto al hijo dispuso Atila enviarle á Constantinopla á buscar otras cien libras de oro.

— Haz por traer esta suma, le dijo, pues á ese precio obtendrás la vida de tu padre.

Y al mismo tiempo hizo que marchase Orestes y Esla, encargados de instrucciones particulares para el emperador.

En efecto, llegaron á Constantinopla, en donde Teodosio esperaba ya con impaciencia el nuevo mensaje del rey de los hunos, pues el público sabia ya lo ocurrido.

Los enviados se acercaron al trono en un traje sumamente singular; pero nadie les dijo una palabra. Orestes llevaba colgado del cuello el mismo saquillo en que habian estado las cien libras de oro, y Esla, despues de haber preguntado á Crisafio si reconocia el saquito, dirigió las siguientes palabras al emperador:

— Atila, hijo de Mundzikh, y Teodosio, los dos son hijos de grandes padres; Atila se ha hecho digno de ser hijo de tal padre, pero Teodosio se ha degradado, pues habiéndose resuelto á pagar un tributo á Atila, se ha hecho su esclavo. Mas hé aquí que este mal esclavo, este ente perverso, arma celadas á su amo, cosa la mas injusta del mundo, por cuyo motivo Atila

no cesará de publicar su iniquidad mientras que no ponga en sus manos al eunuco Crisafio para que sea castigado cual corresponde.

Nadie esperaba semejante conclusion.

Teodosio habia podido resignarse á todas las humillaciones que caian sobre él á resultas de un crimen descubierto; pero los eunucos no se acomodaban á que se les quitase el poder, ni Crisafio á que se le cortase la cabeza: semejante suceso causó un trastorno en el palacio.

Lo que mas preocupaba al emperador era el medio de salvar su ayuda de cámara, y á eso tendian todas las medidas adoptadas.

Las últimas dificultades que oponia la política bizantina al orgullo de Atila fueron resueltas; y así es que el rey bárbaro habia reclamado que se le enviasen embajadores consulares, y se le enviaron, y además habia designado que esos embajadores fuesen los patrios Anatolio y Nomo, por ser los mas grandes señores del imperio, y así se hizo.

En fin, se le trató como se trataba al soberano del imperio de la Persia, sin echar en olvido á Constancio, quien recibió de la mano del emperador una viuda muy rica, en lugar de su novia, que por último se casó con otro.

Cuantas concesiones y bajezas pudieron exigirse tantas se hicieron. El orgullo de Atila pareció satisfecho, y en su consecuencia salió á esperar á los personajes que le mandaban en mision; pero con todo eso, les habló un lenguaje duro, un lenguaje de un hombre irritado.

Aquellos personajes llevaban ricos regalos para aplacar aquel enérgico, y tambien le llevaban mucho dinero: Atila tomó uno y otro.

En fin, puso en libertad á Vigilas; no se reclamó ya la zona riberana del Danubio, que ya poseia de hecho si no de derecho, no habló ya de los tráfugas, y hasta puso en libertad, sin que pagasen rescate, á gran número de prisioneros romanos; pero exigió la cabeza de Crisafio, y sobre este punto fué inflexible.

Bajo tales auspicios principió el año 450. Los refuls de las tribus de los hunos llegaban en masa á las orillas del Danubio, y se tomaban las armas varias naciones vasallos de las hordas, como eran los ostrogodos, los gepidos, los herulos, etc.

Una grande inquietud principió á notarse en el imperio de Occidente, no menos que en el de Oriente, pues no tan solo no se habia zanjado la cuestion sobre Silvano, sino que habian surgido otras muy graves, de modo que las coyunturas eran amenazadoras.

En fin, dos mensajeros godos se presentaron el mismo día y á la misma hora delante de los emperadores Teodosio y Valentiniano, con la mision uno y otro de decirles:

— Atila, mi soberano y el tuyo, te manda que prepares un palacio, pues no tardará en llegar.

V.

INVASION DE LAS GALIAS. — SANTA GENOVEVA.

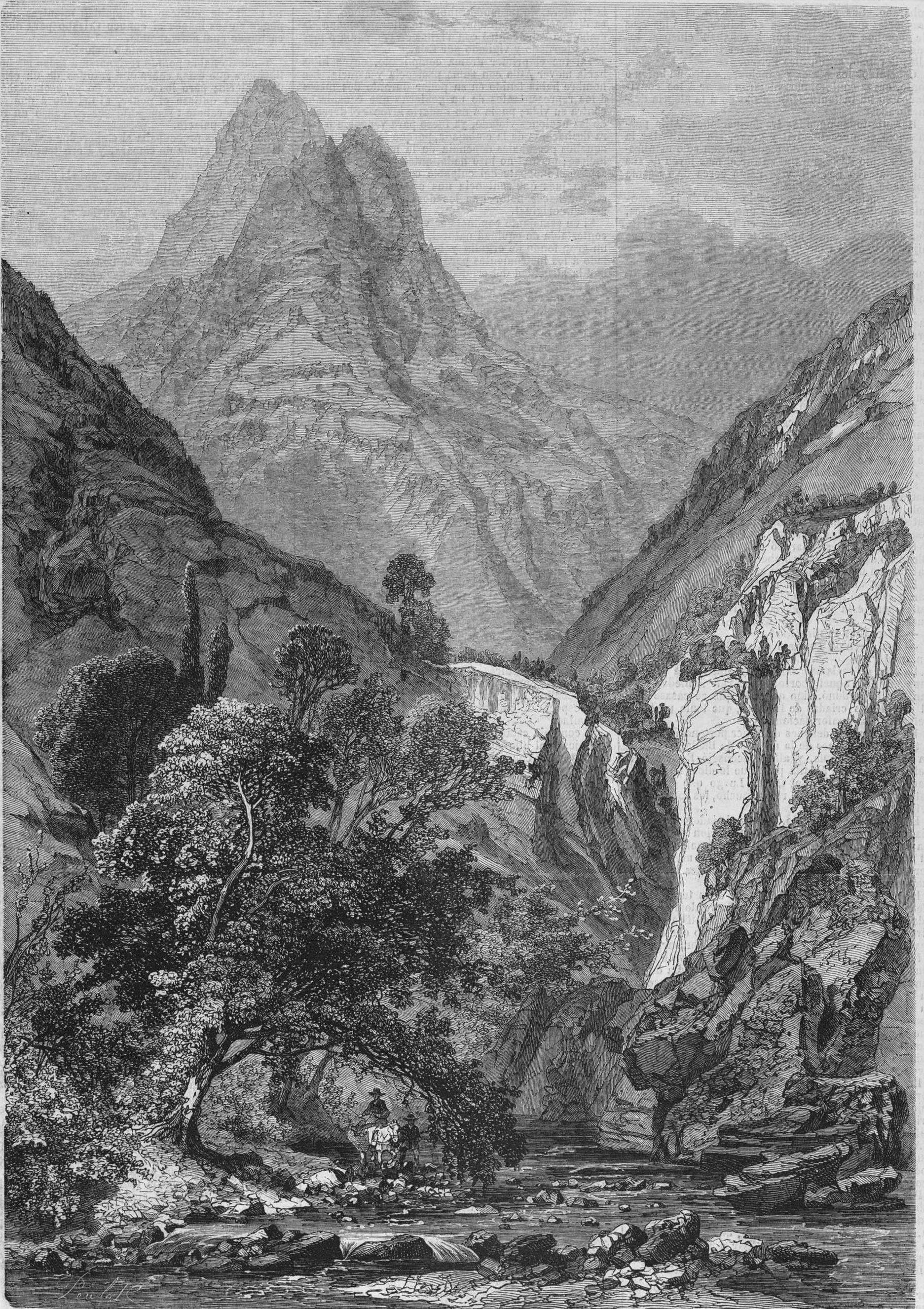
No parece mas sino que existe en las masas populares un instinto político que las hace sentir ó prever las catástrofes de las sociedades, así como un instinto natural anuncia de antemano á todos los seres la proximidad de trastornos físicos. El año de 451 fué para el imperio romano de Occidente una de esas épocas fatales que todos esperan temblando y que traen sus calamidades, por decirlo así, á día fijo. Las predicciones, los prodigios y las señales extraordinarias, acompañamiento hasta cierto punto forzoso de las preocupaciones generales, no faltaron á ese año de desgracias.

La historia nos habla de conmociones subterráneas que estremecieron y conmovieron la Galia y una parte de la España en 450: la luna se eclipsó al salir, circunstancia reputada como un siniestro presagio; un cometa de grandor y formas horribles apareció en el horizonte á sol poniente, mientras que por la parte del polo se revistió el cielo durante muchos días de nubes de sangre en medio de las cuales se libraban combates imaginarios fantasmas armados con lanzas de fuego.

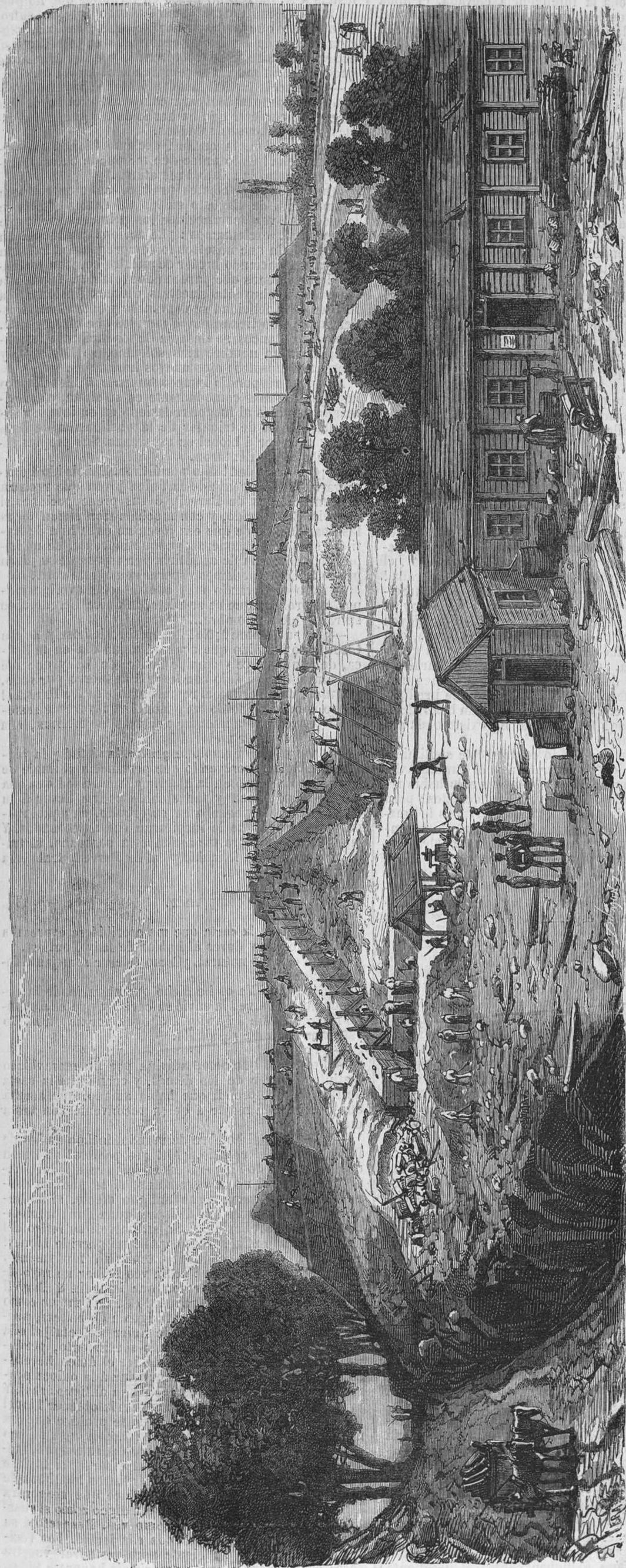
Esas eran otras tantas profecias para el vulgo supersticioso, y las almas piadosas buscaban otras en la religion. Servacio, obispo de Tongres, fué á Roma para consultar con los sepulcros de san Pedro y de san Pablo, á fin de saber con qué males amenazaba á su país la cólera divina, y cuál seria el medio de evitarlos.

Se le respondió que la Galia seria la presa de los hunos, y que todas sus ciudades serian destruidas; pero que él, en premio de su fe, moriria sin presenciar tan horroroso espectáculo. En cuanto á los espíritus políticos, estos descubrieron señales mas infalibles, aun en el estado de conmocion del mundo occidental, pronto á disolverse, y que tan solo parecia sostenerse un momento mas merced á la espada de Aecio.

(Se continuará.)



CURIOSIDADES PINTORESCAS DE FRANCIA. — El monte Pelvoux (Altos Alpes).



ESTRASBURGO. — Nuevas fortificaciones : el fuerte de Souffelweyersheim, que domina el camino de Wissemburgo y el ferro-carril de Paris.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,021).

Matilde tenía muy poco de eso que se llama corazón; pero tenía un refinado egoísmo, que para su sufrimiento ocupaba el lugar del corazón. No porque le fueran indiferentes los dolores de los demás podía dejar de sentir los suyos. Arabela estaba vengada.

Matilde había sabido por un corresponsal anónimo (probablemente alguna rival de Gabriela) la *liaison* de Jasper con la aventurera. Acababa de dar á luz á una niña, y apenas salió del estado de postracion que la tuvo en cama corrió á Paris (por cuyos placeres la había abandonado su esposo). Allí vió á la infame Gabriela, reconociendo en ella á la falsa baronesa que le había presentado Jasper, y á la cual había criticado, según se las había dictado el infiel, aquellas cartas cariñosas de que la aventurera se había valido para defender su causa ante Darrell.

Vió á Gabriela en una casa lujosa que Jasper habitaba con ella, y en su vehemente indignacion declaró que iba á separarse de su marido, que iría á buscar á su padre, que le referiria aquel ultraje de que era victima, implorando su proteccion. Gabriela respondió con calma:

— Id á ver á vuestro padre si quereis; él sabrá que cuando implorabais su perdon por mediacion de madama la baronesa, tomábais parte en un complot para frustrar su proyecto de matrimonio.

No pudiendo luchar con Gabriela Desmarts, Matilde huyó de aquella casa, dejando á Jasper que silbaba un aria de *Figaro*, y regresó á la ciudad donde residia para escribir á Carolina, lamentándose de su situacion.

En aquella carta, sin demostrar ninguna sospecha de que Carolina hubiese sido ofendida, expresaba el temor de que su padre la creyese cómplice en el complot de Jasper, y se negase á proporcionarle los medios de vivir lejos de aquel miserable, sobre el cual lanzaba los mas terribles epitetos que una justa indignacion puede sugerir á una imaginacion debilitada.

El final de aquella carta medio emborronada y escrita con mano trémula, era incoherente, denotaba el mayor trastorno en su mente. En efecto, cuando Matilde la escribió padecia la enfermedad mortal que la arrastró al sepulcro.

Aquella carta, en su mayor parte, carecia de interés para el marqués, y casi era para él incomprendible. No podia explicarse cómo había afectado de tal modo á su mujer.

Únicamente los párrafos que hacian alusion al complot tramado para frustrar el matrimonio de Darrell le causaron alguna inquietud, pareciéndole que exigian una explicacion.

Carolina, en la angustia que le atormentaba, fué mas explicita de lo que debía. Dos pensamientos la preocupaban: había ofendido á Darrell. ¡Cuán ingrata debía aparecer á sus ojos!

Y cediendo á sus remordimientos, en el candor infantil de su alma, confesó ingenuamente á su marido, al hombre á quien había elegido por guia y consejero, lo que había mediado entre ella y Darrell.

Un hombre de algun talento hubiera considerado tan noble confesion (aunque le hubiera causado por el pronto una sensacion penosa) como una garantia de seguridad y de felicidad para el porvenir; hubiera comprendido que no se trataba de una ardiente pasion de esas que una mujer no puede declarar á su marido, sino de una afeccion infantil y respetuosa hacia un hombre que distaba tanto de ella por la edad y la madurez de su inteligencia.

Un poco de dulzura, de delicadeza y generosa ternura en aquel momento hubieran asegurado á lord Montfort el cariño y la gratitud de Carolina, porque el pesar que demostraba no reconocia por causa la pérdida irremplazable de un amante, sino la vergüenza de haber hecho traicion á la confianza de un amigo.

Pero en vano se exigirá de un hombre lo que no le ha concedido la naturaleza. Lord Montfort escuchó á su mujer con sombría expresion de estúpido enojo. A sus ojos era un crimen imperdonable el menor dolor de Carolina por aquella intriga que le había hecho romper con aquel odioso Darrell para unirle á él, que la había elevado al rango de marquesa.

Consideraba, no sin razon, que Mrs. Lyndsay le había engañado de una manera inicua; estaba convencido de su complicidad con Jasper, y creia deber rechazar con desden á todos los que habían tomado parte en aquella trama.

Cuando Carolina, que lloraba con demasiada vehemencia para observar el semblante de su marido, dejó de hablar, lord Montfort cogió su sombrero y dijo:

— No me volvais á hablar de ese abogado y de sus odiosos parientes. Como decis, vos y vuestra madre os habeis portado indignamente con él; pero aun me habeis ofendido mas á mí. En cuanto á acceder á que le escribais para explicarle cómo habeis llegado á ser

lady Montfort, creo que seria una cosa tan ofensiva para mi, que no podria perdonaros nunca. Preferiria veros huir lejos de mi casa. En cuanto á Mrs. Lyndsay, no permitiré jamás que traspase mis umbrales. Cuando os hayais sosegado, preparad vuestro equipaje. Quiero volver mañana á Londres.

Este fué quizás el mas largo discurso que lord Montfort dirigió á su mujer, y tal vez fué tambien el mas rudo.

Desde aquel momento la trató como un español de la antigüedad trataba á aquellos á quienes no podia menos de conceder hospitalidad á pesar suyo; la dejaba un sitio en su mesa, un asiento en su hogar, sin dejar de profesar hácia ella una aversion profunda, manteniéndola siempre á una gran distancia con todas las ceremonias de la dignidad y la politica.

Carolina solo vió una vez á Darrell mientras vivió su marido, inmediatamente despues de su regreso á Inglaterra, y poco mas de un mes despues de su casamiento. Era un dia en que el Parlamento habia sido citado para anunciar su disolucion; el último Parlamento de que fué miembro Darrell.

El carruaje de lady Montfort fué detenido por la multitud que se agolpaba en las calles para contemplar la ceremonia, á tiempo que Darrell pasaba á caballo. Solo dirigió á Carolina una mirada, pero aquella mirada no pudo olvidarlam jamás: era una mirada que expresaba á la vez un frio desden y una profundo desesperacion.

No hay palabras que puedan expresar tan bien el sentimiento, como una mirada, cuando los ojos y el semblante revelan al alma que lee en ellos una desesperacion profunda.

Para lady Montfort fué aquella mirada como un relámpago que en una noche oscura hace ver al viajero la espantosa profundidad de un horrible abismo.

Tal fué su encuentro; se volvieron á alejar sin pronunciar una palabra.

Desde aquel momento Darrell resolvió abandonar aquella vida activa que desde el casamiento de Carolina carecia para él de esperanza.

No quiso exponerse á encontrarse de nuevo con la mujer que le habia hecho traicion, que habia envenenado su vida.

En el círculo de la esfera del gran mundo donde la celebridad politica de Darrell le condenaba á vivir, le era imposible no encontrarse con frecuencia en contacto con lord Montfort, jefe de una familia á la cual se habia enlazado el personaje mas poderoso de un partido que tambien consideraba al eminente orador como uno de sus jefes.

Aun cuando evitase la presencia de lady Montfort, su nombre no podia menos de resonar en sus oidos.

Darrell tomó una resolucion. Al dia siguiente corrió á sepultarse en la soledad de Fawley, llenando de admiracion á todos por la carta que dirigió á sus electores.

La noticia de la muerte de su hija, que circuló algunos dias despues, fué para muchos la explicacion de su separacion temporal de la vida pública.

Pero Carolina Montfort, ella sola, poseia el secreto de aquella carrera gloriosa interrumpida tan súbitamente. Durante algun tiempo sufrió el tormento de oír pronunciar sin cesar el nombre de Darrell, celebrar su genio, comentar su retirada de la vida pública.

Pero como el que se aísla del mundo no tarda en ser olvidado, se fué dejando de hablar gradualmente de Darrell como si hubiera muerto.

Mrs. Lyndsay, durante sus maquinaciones contra lord Montfort, no abandonó su primitivo proyecto acerca de Darrell, y cuando con tanta sorpresa como humillacion, antes de espirar el primer mes del matrimonio de su hija, lord Montfort le manifestó en los términos mas breves que debia renunciar á gobernar la casa de Vipont y hasta á residir en ella, se apresuró á escribir á Darrell para disculparse con él acriminando de todo á Carolina. ¡Ah! ¿no le habian dicho siempre que Carolina no era digna de él? De él, el mas digno, el mejor de los hombres, etc., etc.

Darrell no tuvo para responderla mas que un sarcasmo. La anciana marquesa volvió la espalda á mistress Lyndsay. Lady Selina no tuvo para ella mas que algunas palabras politicas ofensivas.

La amable Mrs. Lyndsay, de modales escogidos, con el dolor de no haber sacado ningun bien del mal que habia hecho, se marchó á Roma donde cogió un resfriado, y no teniendo ya á su lado á Carolina para que la cuidase cayó en una consuncion real, y desapareció del mundo con cierto despecho elegante, como una rosa que deja despues de seca sus espinas.

Carolina desenvolvió su carácter por el sentimiento de la responsabilidad que habia aceptado y por la castidad de su dolor.

Condenada á la soledad y humillada por su esposo, se sometió con resignacion á su destino como si sufriera un castigo justo; haciendo un esfuerzo digno de su virtud procuró desterrar de su corazon el recuerdo de los favores que Darrell le habia prodigado en su infancia, la confianza que le habia manifestado en su juventud.

Cuando pronunciaban en su presencia el nombre de Darrell, haciendo alusion á sus disgustos, se aproximaba á su esposo, aunque para ella no era mas que el hombre que la habia dado su apellido. Así conservó su conciencia libre de remordimientos. Pero en vano buscó la sociedad de personas que pudieran borrar de su alma el recuerdo de Darrell. Nada pudo

reemplazar para ella la inteligencia elevada, el alma sensible, el corazon leal, en una palabra, la amistad sincera y profunda que habia perdido antes de poder comprender su rareza ó apreciar su valor.

Por último se encontró otra vez libre; y entonces pudo atreverse á examinar su corazon y la naturaleza del sentimiento que habia conservado siempre en su imaginacion el recuerdo de Darrell. Convencida entonces de que su afeccion era inocente, que no habia alimentado un amor criminal, se creyó en la libertad de consagrar á aquel hombre los años que le quedaban de vida. Un dia, despues de una conversacion con Alban Morley, durante la cual el coronel habia hablado de Darrell con el calor de la amistad, como del mas virtuoso protector que Carolina habia tenido en su infancia, y aludiendo á algunas líneas que le habia escrito, le manifestó cuán triste se deslizaba su vida en la viudez, cediendo al impulso de su corazon, lady Montfort escribió aquella carta que Darrell recibió en Malta. En ella hablaba, aunque indirectamente de la intriga de que habia sido victima, porque era demasiado delicada para entrar en pormenores respecto de aquel escándalo que le atribuyeron en mengua de su dignidad, escándalo cuyos autores habian sido Jasper y su misma madre. Cualquiera mujer honrada podrá comprender por qué escribió Carolina á Darrell en aquellos términos, y todo hombre honrado podrá comprender igualmente por qué no llenó su objeto aquella carta, y fué devuelta con tanta dureza. Ella cedía á la afeccion tranquila de su alma, él al resentimiento de su amor ultrajado.

Pero ahora que todo su pasado se desliza ante los ojos de Carolina, que puede darse cuenta de lo que pasa en su corazon, comprende que no siente ya solo haber ofendido á su amigo, se desespera por el amante que ha perdido.

En su tempestuosa entrevista un rayo de luz ha iluminado de repente su alma; todos los confusos agitados elementos de su vida se aproximan; el amor, el amor de la mujer brota en su corazon. ¡Cosa extraña! La desproporcion de edades parece haber desaparecido. Los años y los disgustos la han madurado; hay ya menos desproporcion entre ella y aquel hombre joven aun de corazon, y poco variado en su persona, que entre la alegre niña de diez y siete años y su grave amigo de cuarenta. ¡Cosa extraña! aquellas duras convenciones han despertado en ella emociones mas vivas que los homenajes caballerescos que le prodigara en otro tiempo considerándola como un bello ideal. ¡Sí, sí, muy extraño! Pero donde no existe nada extraño, ¿existe el amor?

Y al revelarse en su agitado corazon este sentimiento comprendia mejor la naturaleza y el carácter del hombre á quien amaba. Hasta entonces solo habia reconocido sus virtudes, ahora veia sus defectos; pero considerando aquellos defectos como virtudes le amaba mas, y mas desesperaba de ser amada. Comprendia que en él dominaba un orgullo indomable, que confundia con el sentimiento de su honor, y le hacia vengativo. Cuanto mas la amara, menos podria perdonarla, y recordando la dulzura inesperada de sus palabras de despedida, leia en ellas la sentencia que destruía para siempre su esperanza.

III.

La noche está fria, hiela; estamos en el invierno. Las ventanas están cerradas, las cortinas corridas, arde un buen fuego en la chimenea y las luces despiden una suave claridad en el salon de Alban Morley. El viejo solteron ha regresado aquel dia, ha rogado á Lionel que vaya á verle, y Lionel le ha enterado ya de lo que ha pasado durante su ausencia, desde la identificacion de Waife con William Losely, hasta la visita de lady Montfort á Fawley que ha tenido lugar hace dos dias, y de la cual ha enterado Carolina á Lionel en algunas líneas escritas precipitadamente, manifestando su poca habilidad para responder á las objeciones de Darrell respecto de un enlace entre Lionel y Sofia, culpándose severamente por no haber podido oponer nada á ellas, y dirigiéndole palabras de ánimo y de consuelo.

El pobre coronel tiene que volver á tratar de asuntos penosos. Aunque no habia sentido nunca gran simpatia por los dolores de los amantes, y no daba mucha fe á esos sentimientos eternos, el retrato que hizo Lionel de aquella joven, que formaba un lazo misterioso entre los dos hombres que se habian captado, por vias tan diferentes su afecto, excitó en él un interés caballeresco y una profunda compasion. El joven no se quejaba de la inflexibilidad con que Darrell habia destruido su dicha. Acataba una voluntad contra la cual no podia argüir y á la cual no podia oponerse sin hacerse ingrato. Pero su juventud parecia herida; estaba sumido en ese estupor de la desesperacion que se asemeja tanto á la calma de la resignacion.

— No tengo ahora mas que un deseo, dijo; quisiera pasar á algun regimiento donde hiciera un servicio activo. No es esto decir que quiera buscar la muerte, no; eso seria ofender al cielo. Pero necesito accion, la necesidad de llenar por mi honor un deber imperioso que me obligue á luchar contra el desaliento que se ha apoderado de mi alma. Os ruego que mani-

festeis á M. Darrell mi deseo en términos que no pueda afligirle inútilmente manifestando lo que sufro. Comprendo que nada podria separarle de la resolucion en que le ha hecho encerrarse su orgullo, ó su honor, tal como él lo comprende, y estoy seguro de que padeceria mucho si comprendiese mi dolor.

— Le haceis justicia, exclamó Alban; vuestro corazon es bastante noble para comprender el suyo. Vos teneis ese carácter que ha hecho de los gentlemen ingleses tan generosos soldados.

— ¡La accion, la accion! exclamó Lionel. ¡La lucha, la lucha! Es lo único que me puede curar. El reposo me mata, la soledad me aterra.

¡Qué diferentes efectos produce en nosotros una misma causa de disgusto en las diferentes edades de la vida! Al ver desvanecidos los primeros sueños de la juventud, exclamamos: ¡La accion! ¡la lucha! En ese grito, sin que nosotros lo comprendamos habla la esperanza, haciendo brotar en nuestro corazon torrentes de emociones que parecen inagotables. Cuando la experiencia ahuyenta nuestras últimas ilusiones, la imagen de la felicidad se desvanece y enmudece la esperanza; ya no tiene nuevos mundos que ofrecernos... Pero sí, entonces se despoja de los atributos terrestres, toma un nombre mas solemne, se llama *fe*, y presenta á nuestros ojos nuevos horizontes.

Alban no respondió inmediatamente á Lionel, pero instalándose mas cómodamente en su sillón, y aproximando sus piés al fuego, reflexionó en su interior sobre los medios de triunfar de la obstinacion de Darrell, y devolver á Lionel su esperanza. Sus propias reflexiones le desalentaron.

— ¡Qué fatalidad! dijo por último. Habeis ido á enamoraros precisamente de la única joven que rechaza los sentimientos de Darrell, ó sus preocupaciones si quereis. Convencido, y con mucha razon segun todas las apariencias, de que esa joven no es la hija de Matilde, sino el instrumento, aunque inocente, de un impostor, ¿cómo ha de admitirla por esposa de su joven primo? ¿Cómo podemos esperar semejante cosa?

— Pero si llevando mas adelante las averiguaciones, se probara que es su nieta, la única heredera de su raza y de su nombre...

— ¿De su nombre? ¡No! Del nombre de Losely, de ese turbulento bandido que acabará algun dia en la horca, de aquel pobre y amable belitre de Willy que fué tan tonto, que se dejó condenar á destierro por robo. ¡La nieta de un criminal representante de los Darrells! ¿Pero cómo ha podido lady Montfort favorecer semejante proyecto y alimentar vuestras esperanzas, ella que debia conocer mejor á Darrell?

— ¡Ay! ella contempló la gracia, la virtud y la sencillez de Sofia, y creyendo que pertenecia al linaje de Darrell, solo pensó en la alegría y la felicidad que una criatura tan buena y tan amable podria llevar á su triste hogar. No pensaba en su orgullo, en aquel respeto exagerado que le inspiraran sus antepasados. Y lady Montfort, ahora me asalta esta sospecha, al trabajar por nuestra felicidad y la de Darrell, trabajaba tambien por la suya.

— ¡Por la suya!

— Sí, ahora lo comprendo.

— Explicaos.

— Darrell en la carta que me escribió se expresaba en términos muy duros al hablar de lady Montfort.

— Eso es muy natural. ¿Cómo tolerar semejante intervencion?

— Escuchad. Ya os he dicho que cumpliendo las órdenes de M. Darrell la envié su carta, y que ella cuando la recibió fué á Fawley á abogar por nosotros. Yo esperaba un buen resultado.

— ¿Por qué?

— Porque el que ama, adivina por un maravilloso instinto el amor de los demás, y cuando lei la carta de Darrell, comprendí que habia amado, que amaba aun quizás, á la mujer á quien reconvenia con tanta dureza.

— ¡Ah! dijo el hombre de mundo, íntimo amigo de Darrell desde el colegio. ¡Ah! ¿es posible! ¿Y dicen que yo lo sé todo! Esperábais un buen resultado. Comprendo. ¡Oh! si no os engañárais, si se pudiera despertar en su corazon algun antiguo afecto, si no hubiera que hacer mas que disipar alguna duda infundada... Dejadme reflexionar. Si, sí. Darrell se retiró del mundo cuando ella se casó. ¡Ah! mi querido Lionel! ¡Qué luz! Vuestra confianza tenia un fundamento. Vuestra mano, hijo mio: al fin veo brillar un rayo de esperanza. Si la única razon que impedia á Darrell volver á casarse fuera el recuerdo de una mujer como lady Montfort (¿y qué mujer la iguala en belleza, puede realizar mejor el ideal de la mujer perfecta?) si ella experimentase por él el mismo sentimiento, perderiais todas las probabilidades de ser el único heredero de Darrell, Sofia podria renunciar á la odiosa pretension de ser el único vástago de su antiguo árbol. Y precisamente por esas pérdidas podria obtener Lionel Houghton el bien que anhela; y si se probase que esa niña es en realidad lo que afirma Losely, ese mismo enlace que tan repugnante es ahora para Darrell, aseguraria su felicidad. Si volviera á casarse, si tuviese en sus hijos representantes y herederos legítimos de su nombre, veria con júbilo un enlace que asegurara á la hija de su hijo un nombre tan digno como el vuestro, un protector tan tierno como vos. Respecto á su herencia no habeis contado con ella jamás. Vos recibiriais una fortuna suficiente para restaurar vuestra casa; con vuestra espada adquiririais honores. Si, si, es el único medio de salir de todas las dificultades. Es

necesario que Darrell vuelva á casarse, es necesario que lady Montfort sea su esposa. Lionel podrá entonces hacer libremente la eleccion que lady Montfort apruebe, elegir la mujer que ella ama, sea el que fuese su origen; y yo, yo, Alban Morley, tendré un sillón en dos hogares que me sonreirán.

En este momento sonó un violento campanillazo y poco despues el criado entró empujado por una mujer que llevaba un vestido de color gris de hierro; aquella mujer tenia unas facciones muy pronunciadas y un rostro torbo, entró precipitadamente en el salon antes de que el criado pudiera anunciarla, y se dirigió á Alban Morley; este se levantó de su sillón y ella asiéndole por el brazo le dijo al oído:

— No perdáis momento, venid conmigo inmediatamente si apreciáis en algo la seguridad, quizás la vida de Guy Darrell.

— ¡De Guy Darrell! exclamó Lionel que la habia oido aunque ella habia hablado en voz baja.

— ¿Quién sois vos? dijo aquella mujer volviéndose bruscamete. ¿Sois de su familia?

— Es su primo, casi su hijo adoptivo, M. Lionel Houghton, dijo el coronel. Pero, perdonad, señora, ¿quién sois vos?

— ¿No os acordáis de mí? Sin embargo, vos ibais á casa de Darrell con tanta frecuencia que debeis haberme visto allí; tambien habeis debido saber por vuestro amigo cuán poco debia interesarme por él ó por los suyos. Volvedme á mirar; yo soy aquella Arabella Fosset que...

— ¡Ah! ya recuerdo, pero...

— Os digo que á Darrell le amenaza un peligro, y esta misma noche. Tomad dinero; para llegar á tiempo debeis ir en un tren especial. Tomad armas, pero servios solo de ellas en defensa propia. Llevad á vuestro criado si es valiente. Que os acompañe tambien su jóven pariente. Solo teneis que habérsela con un hombre; pero ese hombre, añadió con cierta expresion de orgullo, tendria la fuerza y el valor de diez, si su causa no fuera de esas que hacen débil al hombre mas fuerte, y tímido al mas audaz. No es asunto en que debe intervenir la justicia, promoviendo escándalo; el servicio que debeis prestar tiene que ser secreto, solo pueden encargarse de él amigos, parientes, porque el peligro que amenaza á Darrell... Escuchad vos solo, coronel Morley (y continuó en voz baja) el peligro que amenaza esta noche á Darrell en su casa procede del hombre cuyo nombre llevó su hija. Por eso recurro á vos. Creo que no necesito deciros que respeteis la vida de Jasper Losely, porque la muerte de Jasper Losely por una tentativa de robo, seria para Darrell una vergüenza intolerable. ¡Pronto! ¡pronto! ¡venid!

LIBRO DÉCIMO.

I.

Hemos dejado á Jasper Losely pasando la noche en una pequeña poblacion cerca de Fawley. Al dia siguiente por la mañana se dirigió á la antigua casa señorial; era la misma mañana que tuvo lugar la penosa entrevista de lady Montfort con Darrell; Jasper al acercarse á la entrada del pequeño parque la vió salir y subir al carruaje de alquiler que la esperaba. Al pasar el carruaje rápidamente por delante de aquel miserable, lady Montfort sacó la cabeza por la portezuela y dirigió una mirada con sus ojos arrasados en lágrimas á aquellos lugares que le habian sido tan caros. Jasper pudo entonces reconocerla y advertir la expresion de su rostro. Lleno de sorpresa al ver á Carolina, se detuvo cerca de la empalizada. ¿A qué habria ido á Fawley lady Montfort? ¿Habria vuelto á reanudarse aquella intimidad que habia roto Jasper en otra época? Pero entonces, ¿de qué procedia aquella gran tristeza que se notaba en el rostro de Carolina? Aunque así fuera, aquello no tenia para Jasper el interés de otro tiempo. Despues de haber reflexionado sobre aquel incidente un minuto ó dos, se dirigió á la puerta. Pero en el momento de llevar la mano á la empalizada, se detuvo de nuevo. ¿Cómo podria llegar á la presencia de Darrell? ¿Cómo se haria anunciar? Si daba su nombre no seria admitido de ningun modo. Si se presentaba como un extraño que iba á hablar de negocios no podia tener la seguridad de ser recibido.

Mientras se agitaban estos pensamientos en su mente llegó á sus oídos un ruido que hubiera pasado desapercibido para otro cualquiera que careciera de ese instinto natural en los salvajes. Aquel ruido se aproximaba cada vez mas, hasta que por último crujieron las ramas que se abrian violentamente, y á los pocos instantes Guy Darrell en persona salió del bosquecillo próximo á la puerta de la empalizada, y al tiempo de abrir se encontró frente á frente de su odioso yerno.

Jasper se estremeció, pero no debia perder una ocasion tan oportuna.

— M. Darrell, dijo, vengo otra vez á veros. Tened la bondad de escucharme con calma.

Losely habia cambiado tanto, Darrell estaba tan ab-

sorto por sus emociones, que aquellas palabras no despertaron en él ningun recuerdo.

— Otra vez será, dijo Darrell dirigiéndose rápidamente hácia el camino. Ahora no puedo escucharos.

— Perdonad, ha de ser ahora, dijo Losely adquiriendo á pesar suyo el tono y la apostura de su juventud. No os acordáis de mí, lo que no extraño. Me llamo Jasper Losely.

Darrell se detuvo lleno de estupor, despues miró fijamente á aquel hombre de anchos hombros y faz abotargada, vestido con un traje grosero, distinguiendo en él, no sin esfuerzo, los restos de aquella belleza varonil que habia seducido á su hija. Jasper no podia haber escogido un momento menos favorable para defender su causa. Darrell sufria aun con demasiada fuerza la influencia de las violentas emociones que habia excitado en su corazon la entrevista que acababa de tener con Carolina para poder escuchar con sangre fria las proposiciones de Jasper. Y despues en el exterior de aquel hombre, al cual le habia unido el destino con ciertos vinculos de parentesco para su vergüenza, se notaban tan evidentes señales de degradacion que todos los instintos caballerescos de Darrell se rebelaron al verle, llegando su turbacion hasta el extremo al oírle pronunciar su verdadero nombre de Jasper Losely. ¿Y Lionel deseaba ser el esposo de la supuesta hija de aquel hombre, renovando y estrechando mas aquellos antiguos lazos de parentesco? ¿Era la hija de aquel hombre la que exigian que reconociera como de su sangre, como el último vástago de su raza? Un rayo de indignacion brilló en los ojos de Darrell, y volviendo la espalda á Jasper, dijo con los labios trémulos de rabia:

— Ya os habré dicho el coronel Morley que únicamente consentiria en auxiliarios con la condicion de que os marchárais para siempre á una de nuestras lejanas colonias, ó á América si lo preferiais. Hoy pienso del mismo modo. Yo no puedo tratar directamente con vos. El coronel Morley está en el extranjero, segun creo. Id á buscar á mi abogado, ya le habeis visto hace algunos años, y sabeis sus señas. Hemos concluido.

— De ningun modo, M. Darrell, dijo Losely con aspereza.

Y se colocó delante de él cerrándole el camino.

— Yo he venido aquí con la resolucion de discutir este negocio frente á frente con vos, y me quedaré.

— ¡Os quedareis! dijo Darrell, pálido de furor y amenazándole con el puño cerrado.

Darrell no era de esos hombres que conocen el miedo, y no podia pensar en el peligro de una lucha desigual con su insolente adversario; pero su dignidad que nunca le abandonaba suplía en él muchas veces á la prudencia, y afortunadamente le contuvo en aquel momento. ¡Herir él á un hombre tan despreciable! ¡Elevár á aquel hombre á su altura haciéndole el honor de levantar la mano contra él! ¡Imposible!

— ¿Os quereis quedar? dijo. Sea. ¿Venis á decirme otra vez que mi hija dejó una niña que vive aun, y que os habeis apropiado su fortuna por medio de una impostura?

— Yo no vengo á hablar de esa niña, sino de mí. Yo sé que tengo derechos sobre vos, M. Darrell. Sé, aunque vos quereis oscurecer la verdad, que sois aun mi suegro, y que es intolerable que yo carezca de todo, que la miseria me impela al robo, cuando el padre de mi mujer está en la mayor opulencia, y no tiene mas heredero que... Pero yo no quiero defender ahora la causa de esa niña; consiento en abandonarla puesto que así lo exigis. Pero ¿deseais que cometa un crimen, que me condenen á muerte y que todo el mundo oiga la última revelacion y el último discurso del yerno de Guy Darrell? Responded, caballero.

— Lo haré en breves términos y con franqueza. Por evitar esa vergüenza al nombre de Guy Darrell os he ofrecido una pension en países donde no podais sufrir las tentaciones de disipar las sumas que segun vuestra confesion habeis obtenido de mi bajo falsos pretextos para perderlas en las casas de juego de Paris. Os ofrezco una pension que sin favorecer vuestras viciosas inclinaciones os coloque fuera de la necesidad de cometer un crimen. Aceptad ó rechazad mi oferta.

— Escuchad, M. Darrell, dijo Jasper á quien iba exasperando el frío desden con que era tratado; estoy en una posición tan desesperada que seria capaz de aceptar lo que me ofrecis con tanto desprecio á pesar de que soy el marido de vuestra hija; pero...

— ¡Miserable! exclamó Darrell interrumpiéndole, ¿os atreveis á alegar en vuestro favor el crimen de haber hecho huir de mi casa á mi hija, presentándoos ante ella con un nombre falso, y haberla hecho morir en tierra extranjera, maltratándola traidoramente?

— Si, señor; puesto que vuestro orgullo sufriria la mayor humillacion si antes de morir en el cadalso revelara al mundo que soy vuestro yerno. Pero, ¡basta, basta! Y cuidado con los insultos que me dirigis, porque la sangre se me sube á la cabeza y os exponéis. Si cualquiera otro me hubiera insultado como vos, ya le habria tendido muerto á mis pies; pero vos... vos sois mi suegro. No quiero discutir ahora con vos la suma que me habeis de dar para que me vaya á establecer á algunos de esos lejanos países adonde se arrojan los que sobran en el viejo mundo. Prefiero pasar aquí tranquilo el resto de mis dias por la mitad de lo que me dariais con tal de que me expatriara. Si quereis hacer algo por mí, mas vale que me dejeis aquí contento á poca costa, y no me disgusteis lanzándome á países lejanos con el deseo de vengarme de

vos, lo que no seria difícil para mí; porque aunque viviese en Phillip's Town ó en Adelaide, cobrando allí vuestra pension no me faltarian medios de incomodaros aquí, con esa niña por ejemplo, vuestra nieta. En descubriendo su paradero, (cosa que aun no he logrado, os lo confieso), podria hacer que os atormentara toda vuestra vida, aun cuando me enviárais á Australia.

— ¡Ah! exclamó Darrell, pero... Despues reanimándose de repente dijo: No, si fuera mi nieta, si fuera vuestra hija no hablariais así de ella, no la hariais instrumento de tan miserable tráfico. Por muy criminal que fuérais no cometeriais un acto tan contrario á la naturaleza. Desprecio vuestra maldad. No quiero escucharos mas tiempo. Dejadme paso.

— No.

— ¿No?

— No, Guy Darrell, no he concluido; oireis mis condiciones y las aceptareis. Yo pido una suma moderada, cien libras por ejemplo, y doscientas libras anuales para vivir en Lóndres, y no oireis hablar nunca de mí, no me volvereis á ver en vuestra vida. Concededme esto y no os volveré á molestar, y no volveré á buscar á aquella niña, y si la encuentro por casualidad no diré que es hija mia y de vuestra hija. No os avergonzaré revelando á nadie nuestro parentesco. No quebrantaré la ley, haciéndome matar por el verdugo. Sin embargo, no viviré mucho tiempo, porque sufro mucho, y el vino y los licores me matan.

Estas últimas palabras las pronunció con una extraña expresion de abatimiento, conmoviendo por un momento en medio de su justa cólera el corazon compasivo de Darrell.

Darrell guardaba silencio y parecia vacilar. ¿No seria conveniente por su propia tranquilidad, y la de aquella pobre niña, á la cual, cualquiera que fuese su origen, deseaba ver libre de aquel bribon, no seria conveniente que Darrell concediese á Losely lo que solicitaba? Desgraciadamente para Jasper mientras Darrell vacilaba en aquella duda, el miserable que tenia bastante perspicacia para conocer que habia ganado terreno, aunque sin atribuir aquella ventaja á su verdadera causa, quiso asegurarse mas añadiendo nuevos argumentos.

— Ya lo veis, añadió con tono casi familiar; no hay un perro tan inofensivo que no pueda morder, y ningun perro tan salvaje que no se le pueda domesticar dándole de comer.

Darrell levantó la cabeza y su frente se oscureció.

Jasper prosiguió:

— Ya os he dicho el daño que puedo hacer; pero en cambio, quizás pueda prestaros un buen servicio respecto de esa hermosa dama que salia en carruaje de vuestro parque cuando yo iba á entrar. ¡Ah! vos debisteis casaros con ella en otro tiempo: segun he leído en los periódicos ha envidado: aun podeis hacerla vuestra esposa. En otro tiempo se forjó una historia contra vos; la madre hizo uso de ella y rompió el compromiso que su hija habia contraido con vos. Yo puedo explicarlo todo.

— ¿Podeis? dijo Darrell con una calma extraordinaria que procedia de un furor reconcentrado. Y quizás fuérais vos el inventor de aquella historia. No hay perro tan inofensivo que no pueda morder. ¿No es así, caballero?

— Ya veis, replicó Jasper sin comprender la verdadera causa de la calma de Darrell; en aquel tiempo tenia yo un interés en deshacer vuestro proyecto de matrimonio. Pero olvidemos el pasado. Si en otro tiempo os he mordido, ahora puedo servirlos. Vamos, caballero, vos sois un hombre de mundo, cerremos el trato.

La indignacion de Darrell llegó á su colmo. ¡Cómo! ¿aquel miserable era el autor de la calumnia, de que se sirvió la mujer á quien habia amado con un amor que jamás pudo inspirar otra mujer en el mundo, para excusar su falta de fe, de la calumnia que le hizo perder á aquella ingrata para siempre? Y llegaba á enterarse de aquello cuando acababa de separarse ella, habiendo adquirido en aquella conferencia la conviccion de que su corazon la amaba todavia, aunque no podia perdonarla. Con un movimiento tan brusco, que cogió desprevenido á Jasper, Darrell se arrojó sobre el bravo separando con fuerza de su camino á aquel coloso á quien no hubieran podido separar cuatro carreteros, y volviéndose hácia él antes de que pudiera reponerse de su asombro, exclamó:

— ¡Execrable criminal! Yo retiro los ofrecimientos que os he hecho. No, yo no ayudaré al hombre cuya existencia ha sido tan pernicioso para todos los que le han rodeado. Morios de hambre ó robad. Si no lanzo sobre vos mi maldiccion, es solo porque el hombre no tiene el derecho de maldecir. Os arrojé de mi lado dejándoos abandonado á vuestra vida criminal que es la única venganza que puede permitirse el hombre que cree en Dios.

Dijo, y se alejó precipitadamente, pero no como el hombre que huye. Jasper se plantó á su lado en tres saltos, pero la explosión de una escopeta le dejó parado. Un faisán cayó muerto sobre el camino, y el guarda-bosque de Darrell con el fusil en la mano salió por una brecha abierta en un cercado enfrente de la empalizada del parque, y al ver á su amo se acercó á él para excusarse por haber disparado tan cerca su escopeta.

Cualquiera que fuese la intencion de Jasper al lanzarse contra Darrell le era ya preciso retirarse. La aldea estaba muy distante y despues de todo, ¿qué ga-



ITALIA. — Ceremonia conmemorativa de la batalla de Magenta (inauguración de un osario).

naría con la violencia, prescindiendo del placer de satisfacer su rabia por el momento? La violencia no podía asegurarle aquella renta que casi acababa de tener entre sus manos y que se le escapaba de una manera tan inesperada. Sin embargo, permaneció un momento parado y vió á Darrell entrar por otra puerta del parque mas próxima á la casa.

El guarda-bosque cogió el faisán, volvió á cargar su escopeta y miró á Jasper con desconfianza. El gladiador desconcertado se dirigió lentamente hácia la ciudad.

La noche estaba próxima cuando llegó á la posada y se situó en un rincón del comedor general, que estaba lleno de gente por ser día de mercado, lo que le agradaba muy poco. Los arrendatarios, terminados sus negocios entraban y salían sin cesar; los que no comían en la mesa redonda tomaban precipitadamente una copa mientras ensillaban sus caballos; otros leían los periódicos ó cambiaban algunas palabras sobre el estado de los mercados ó sobre política.

Jasper, cansado y de mal humor, esperaba que le llevaran lo que habia pedido, cayendo entre tanto en esa especie de somnolencia, que era en él habitual entre las comidas. De pronto salió de aquel estado de torpeza al oír el nombre de Darrell. Los que hablaban eran tres colonos de Darrell, dos de ellos cultivaban las tierras que Darrell habia comprado cuando tenia la ambición de ensanchar su territorio; el tercero residía en la aldea de Fawley y tenia en arrendamiento la mayor parte de las tierras comparativamente estériles á las cuales estaba limitada la antigua posesión. Hablaban de la vuelta de su antiguo squire al condado, de su vida retirada, de sus costumbres, del gran edificio sin terminar que dejaba arruinar. El que residía en Fawley dijo que probablemente no dejaría que el edificio viniera á tierra, que últimamente se habian ocupado algunos trabajadores del lugar en poner en órden algunas de sus habitaciones, y despues habló de la extensa galería en la cual Darrell habia mandado ordenar sus hermosos cuadros, del pasadizo que habia hecho entre su cuarto y la galería, como pasaba la mayor parte del día y de la noche en aquella vasta mansion tan triste y tan desierta como un cementerio. M. Mills habia dicho que Darrell estaba casi siempre en aquella galería ó bajo el techo del antiguo

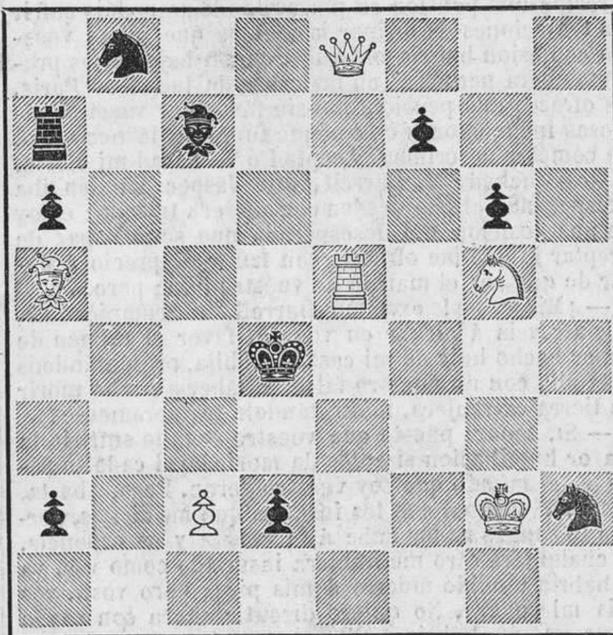
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 365.

1. R 6ª AR 2. R 6ª CR 3. C 3ª R 4. C 5ª AR jaque
R toma P R 5ª TR P 5ª CR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 366, POR M. R. WILMERS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

edificio, allí no veía á nadie, solo podía fijar sus ojos en sus cuadros ó en las ratas que habian invadido la nueva construcción y cualquiera que se asomase por las ventanas en las noches de luna podría verlas sentadas en numerosos grupos como si celebrasen consejo ó corriendo entre aquella multitud de curiosos objetos. Los campesinos hablaron despues del día del pago de los arrendamientos que se aproximaba, y del banquete que con aquel motivo se celebraba siempre en la casa; M. Fairthorn lo presidiría segun costumbre, y el squire se abstendría de asistir á la fiesta; observaron que aquella noche tendrían una hermosa luna para regresar á sus casas, y se amonestaron unos á otros en tono de broma para no permitir que M. Fairthorn bebiera mucho ponche.

(Se continuará.)

Solemnidades fúnebres en Magenta.

Con fecha 5 de julio de 1872 escribe el autor de nuestro dibujo lo siguiente :

« Acabo de asistir á la solemnidad fúnebre celebrada ayer en Magenta, para la inauguración del monumento destinado á recibir los huesos recogidos en aquel campo de batalla.

» El Austria estaba representada por su cónsul en Milan, y la Francia tenia tambien un cónsul y además su agregado militar, el coronel de la Haye, el mismo que la habia ya representado en la inauguración de los osarios de San Martino y de Solferino.

» Se pronunciaron varios discursos en los cuales se insistió sobre la gratitud de los italianos respecto de la Francia, sentimiento que existe en Italia, por mas que algunos afirmen lo contrario. Por mi parte, puedo asegurar que ninguno de los que asistieron á la ceremonia de la inauguración de la capilla de Magenta, se atreverá á dudarlo. »

B.